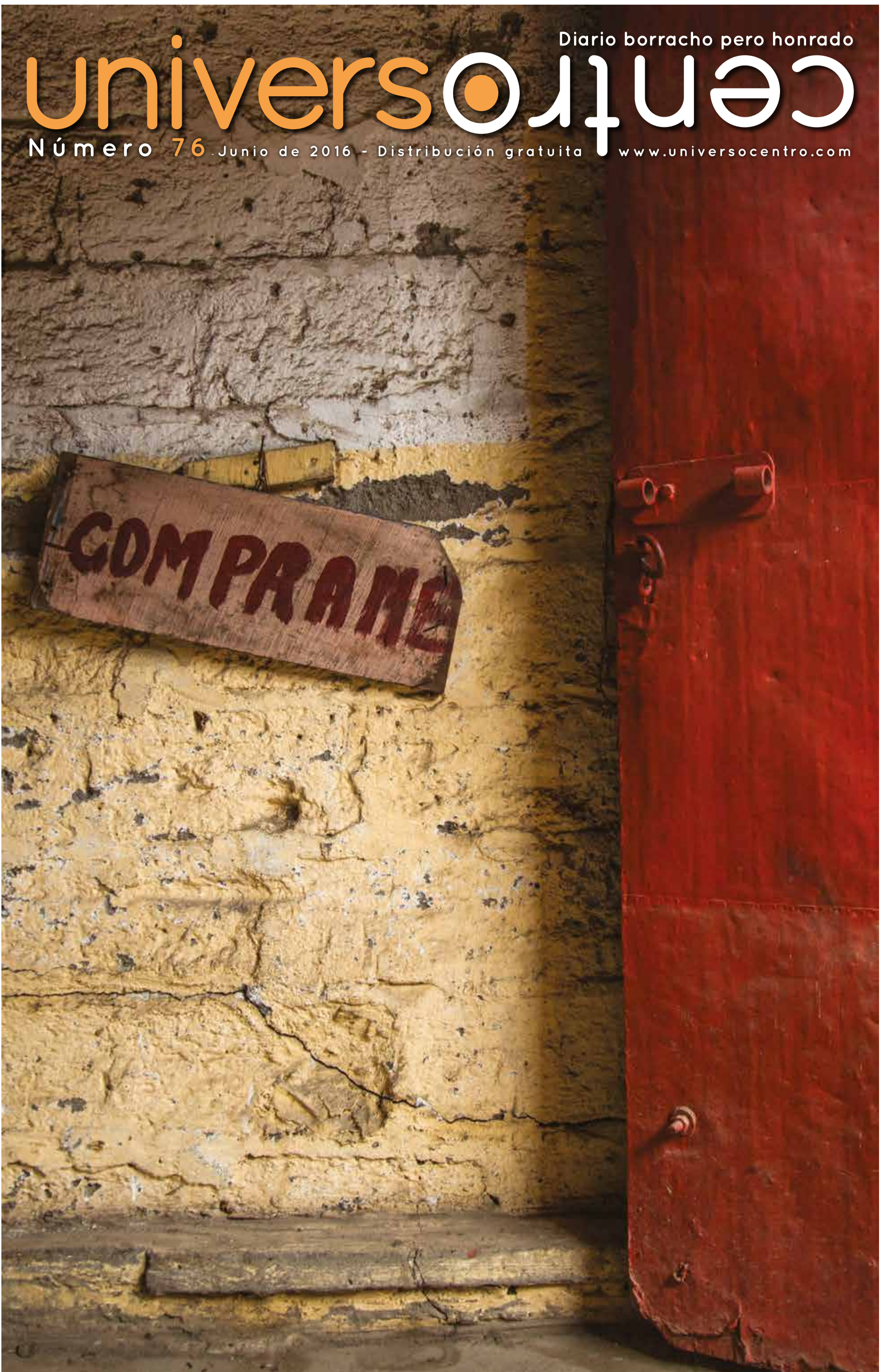


Diario borracho pero honrado

universo **centro**

Número 76 Junio de 2016 - Distribución gratuita www.universo centro.com



Un amor hecho escombros

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Bernardo Cañas López ha subido tres veces a la escombrera de Terrigenos después de su jubilación en el año 2000. Subió cuando los asesinos de su hijo le dijeron que allí habían enterrado el cadáver. Subió meses después para buscar respuestas, pero los sicarios al servicio del Negro Elkin y Don Berna lo amenazaron y lo obligaron a bajar. Hace poco volvió a subir, quizás para curar ese remordimiento que lo atormenta por no haber impedido la muerte de su querido Aníbal.

Para llegar a la escombrera primero hay que pasar una reja gigante y luego un camino retorcido en medio de laderas onduladas. El murmullo de una quebrada se siente al lado derecho de la cuesta. El viento dobla la punta de los árboles y juega con las aves debajo de un cielo azul brillante.

Cuando Bernardo volvió, el pasado mayo, el día apenas comenzaba y un poderoso sol avanzaba navegando entre mechones de nubes que se iban derripiendo como los susurros; o quizás como las plegarias silenciosas de un penitente.

Catorce años atrás, la noche del domingo 1 de diciembre de 2002, Bernardo subía arrastrando sus piernas desde el barrio 20 de Julio por la estrecha calle que conduce a El Salado. Iba rumbo a su casa, cansando y un poco ebrio por cuenta de unos aguardientes que se había tomado en la casa de un amigo. Eran alrededor de las siete de la noche y el viejo de 63 años se tambaleaba, con su mente todavía atorada en los compases de un tango de Julio Sosa.

Estaba contento y no sentía el frío que comenzaba a ensombrecer aquella noche decembrina. Uno que otro

volador interrumpía el silencio del empujado laberinto de casas, callejones y escalinatas. La resaca por “la alborada” había menguado y muchas de las familias de los barrios de la Comuna 13 se encontraban departiendo, mucho más abajo, en los alrededores de la iglesia de San Javier.

En el cruce de La Arenera, a pocos metros de la iglesia de El Salado, y de su hogar, Bernardo vio que un carro se acercaba. Las luces delanteras no le permitieron identificar de inmediato el vehículo, pero a medida que este se aproximaba, el corazón del anciano comenzó a latir con fuerza. Entonces se dio cuenta de que se trataba del Renault 12 de color amarillo de su hijo Aníbal, quien iba al volante llevando como pasajeros a cuatro hombres.

Su hijo iba serio, concentrado en el camino, como si llevara prisa. Bernardo quiso salirle al paso, pero sus piernas se habían paralizado de repente y un nudo en su garganta le impidió pronunciar cualquier palabra. Trató de estirar la mano y llamarlo, pero lo único que pudo hacer fue levantar el dedo índice y balbucear un monosílabo tan ininteligible que más parecía el estertor de un moribundo.

El carro se alejó y Bernardo se quedó allí, conmocionado, viendo cómo se perdía en la distancia. Su instinto paterno le advertía de un peligro, le anunciaba una tragedia. Cuando reaccionó tuvo el impulso de seguir el carro, pero luego pensó que era mejor esperar una llamada de su hijo.

Iban siendo las ocho cuando entró a la casa. Concepción Ossa, su esposa, estaba armando el árbol de Navidad junto a sus hijas Adriana Patricia, Dora María,

Ana Lucía, Claudia Marcela y Johana Andrea. Juan David, el otro hijo, estaba viendo televisión. Reinaba un ambiente festivo que Bernardo no quería estropear con sus oscuros presentimientos. Saludó y fue a sentarse en un sillón al lado del comedor. Se quedó pensativo un rato.

—¿Y Aníbal qué, dónde está? —preguntó de repente.

Concepción dejó de poner los adornos en el árbol.

—Mijo, ¿quiere comer?

—Poco —respondió y luego insistió—. ¿Dónde está Aníbal?

—Mijo, él se fue para San Michel. Dízque tenía que subir a unas personas por allá y que ahorita baja —dijo la esposa.

La respuesta no fue suficiente.

—¿A quiénes tenía que subir a San Michel?

—Ay mijo, no sé, a unos amigos. Espérole que ya viene —dijo Concepción mientras se metía en la cocina para servirle de comer a su marido.

El viejo se levantó y se fue al balcón. Una de sus hijas, Adriana Patricia, lo siguió y le dio un abrazo.

—Papá, ¿a usted qué le pasa? ¿Está bien? —le dijo.

—Ay hijita, es que creo que a Aníbal se lo llevaron. Lo vi pasar hace un rato con unos tipos. Iban cuatro metidos en el carro. Tengo miedo por él, hija —dijo Bernardo conteniendo las lágrimas.

Adriana se estremeció y miró disimuladamente a la calle, como queriendo que nadie hubiera escuchado aquello.

El resto de la familia se dio cuenta de que algo no estaba bien. Incluso Juan David salió de su cuarto como impulsado por una corazonada.

—¿Nada que llega mi hermano? —soltó leyendo al balcón.

Bernardo les contó sus temores. Concepción escuchó atenta y luego, lívida, se persignó. Media hora después todos salieron a la calle para esperar al hijo ausente y preguntar a los vecinos por su paradero. La zozobra se tomó la casa de la familia y trajo el recuerdo de las operaciones militares Mariscal, Antorcha y Orión, llevadas a cabo en los meses de mayo, agosto y septiembre de ese 2002, las dos últimas por orden del presidente Álvaro Uribe Vélez, recién posesionado.

Cientos de militares armados se tomaron los veintidós barrios de la comuna con la misión de desterrar a los reductos guerrilleros de los CAP, las Farc, el ELN y el EPL. En las tres ocasiones impidieron que los habitantes salieran o ingresaran a sus respectivos barrios, y detuvieron civiles indiscriminadamente. Hubo muertos, heridos y detenidos.

La familia Cañas Ossa vivió el terror de aquellos días con la paciencia propia de los campesinos acostumbrados a la violencia. Resguardados en el cuarto de los padres, abrazados o metidos debajo de las camas, aferrados a los escapuleros y esperanzados en que la bandera blanca izada en el balcón sirviera de algo. Concepción tenía por sus dos hijos varones: Juan David y Aníbal, quienes tenían 22 y 25 años, respectivamente, y eran bien conocidos por los vecinos.

Los guerrilleros fueron desterrados y en su lugar se instalaron los paramilitares del Bloque Metro, afianzados más tarde por la firma del Acuerdo de Santa Fe Ralito (2003). Después de las incursiones militares, la vida en la Comuna 13 continuó en relativa normalidad y la



familia Cañas Ossa volvió a sus asuntos diarios. Bernardo llevaba dos años gozando de su jubilación y sus hijos salían a trabajar. Todo parecía reverdecer.

Sin embargo, cerca de la medianoche de ese domingo 1 de diciembre, Aníbal todavía no había regresado a su casa, y tampoco había llamado para contar dónde estaba, cosa que no acostumbraba. Concepción tenía los nervios de punta y Bernardo sentía taquicardia.

La familia pasó la noche en vela y al día siguiente, muy temprano, corrieron hasta la estación de policía para denunciar la desaparición.

—¿No estará de rumba? —insinuó un sargento.

—Él no es así, y cuando sale de rumba dice dónde está —replicó Concepción con seriedad.

—Esperen hasta mañana, a que se cumplan las 48 horas —señaló el sargento dando por terminada la conversación. Se disponían a salir de la estación cuando el sargento los detuvo.

—Oiga señor, ¿y para dónde vio que cogía el carro anoche?

—Creo que por la vía a San Cristóbal —dijo Bernardo con un dejo melancólico.

—Ay vecino, vaya a la iglesia y récele a Dios, porque puede que su hijo esté muerto en una de las escombreras —dijo el sargento y agachó la cabeza.

Enmudecidos, los familiares del desaparecido salieron de la estación. Cuando llegaron a la casa se sentaron en el comedor. Juan David sugirió subir a la escombrera de Terrigenos, “por si las moscas”, pero nadie respondió.

Afuera arceciaba el viento y nubes gordas y grises amenazaban con desatar una tormenta. El árbol de Navidad estaba a medio armar y las piezas del pesebre estaban tiradas en desorden sobre el piso. De repente llamaron a la puerta. Dos golpes secos los sacaron a todos del letargo, y vieron sombras que asomaron a través del acrílico de una de las ventanas. Concepción corrió a abrir, convencida de que se trataba de Aníbal, pero Bernardo la atajó sujetándole del brazo derecho.

—Mija, espere yo abro, espere.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—¡Abra viejo hijueputa, abra que venimos a decirle dónde está su puto hijo!

Bernardo exhortó a su esposa e hijos a esconderse y luego abrió con el rostro pálido y las manos temblorosas.



—¿Quiénes son ustedes? —preguntó vacilante, con la voz entrecortada.

—Eso a usted no le importa. Venimos a decirle que su hijo está enterrado. Lo matamos por ser amigo de esos guerrilleros hijueputas, y es mejor que no investiguen ni pregunten. Olvídense de todo. No molesten a la policía o venimos y los matamos a todos —amenazaron los dos hombres enchaquetados y con gorras.

Ambos iban armados y poco les importaba que los vieran desde las casas vecinas. Tras su ultimátum, se marcharon en una moto de alto cilindraje.

Bernardo cerró la puerta y le puso pasador. Luego se reunió con su familia y, sin decir nada, se echó a llorar. Aníbal no volvería nunca más.

Ese mismo día, 2 de diciembre de 2002, Bernardo y Juan David subieron hasta la escombrera de Terrigenos. La policía los acompañó. Encontraron el Renault 12 abandonado a un lado de la carretera, pero el cuerpo de Aníbal no estaba por ninguna parte.

Debe estar enterrado en alguna fosa común. Así es muy difícil buscarlo porque esto es muy grande. Puede estar en cualquier parte —les dijo uno de los policías.

Bernardo no respondió, trataba de encontrar una explicación para lo ocurrido. No entendía cómo su hijo podía haber terminado sus días bajo veinte mil metros cúbicos de desechos, y justo en el sector de Terrigenos, donde Bernardo había trabajado durante 28 años. No, su hijo no podía estar enterrado allí, en su segundo hogar, en ese lugar donde conoció a tantos amigos. Eso no podía ser verdad.

Pato

La mañana del sábado domingo 1, Aníbal Cañas Ossa había salido a trabajar desde muy temprano. Era un día de mercado, de paseos familiares, de ocio, y el joven sabía que lo iban a necesitar para distintas tareas. Parqueó junto a la iglesia de San Javier, al frente de los locales atiborrados de gente. Se compró una gaseosa y un buñuelo, se sentó en una de las mesas cercanas al atrio de la iglesia a esperar el primer cliente. Eran las ocho de la mañana.

—¡Pato! ¡Pato!, venga y me ayuda por favor —le gritaron desde uno de los graneros.

—Venga pues yo la subo, doña Cecilia —dijo Pato con jovialidad mientras se iba acomodando las bolsas de mercado en brazos y manos.

—Mijo, y cuánto me va cobrar, porque mire que tengo que parar donde don Ramiro a comprar una escoba y una trapería —preguntó la vecina mientras abría su monedero.

—No se preocupe. Yo le cobro tres mil por todo —respondió Aníbal con amabilidad.

—Tenga pues, y muchas gracias —dijo la pasajera. A Aníbal le decían Pato porque parecía tener el don de la omnipresencia. Si alguien lo veía jugando billar en el 20 de Julio a las dos de la tarde, alguien más juraba haberlo visto, a la misma hora, cargando un mercado en la Plaza de La América. Pato también fue el apodo de su padre por muchos años.

Era un joven alegre al que le gustaban los vallenatos y los tangos. Le gustaba salir a bailar y a beber aguardiente con sus amigos, pero siempre volvía temprano a casa.



El carro había sido un regalo de su padre, quien lo compró por siete millones en 2001, con el dinero de la liquidación que le dieron en Terrigenos.

—Mijo, es para usted, para que salga adelante y para que les ayude a sus hermanos —le dijo a Aníbal, quien no paró de llorar por la sorpresa.

Sonaba con hacer una carrera universitaria, pero siempre encontraba una disculpa para no presentarse a los exámenes de admisión. Le gustaba trabajar, comprarse sus propias cosas y ayudar en la casa.

El problema de Aníbal era su trabajo. Ir de aquí para allá llevando encargos o personas, se prestaba para el chismorreo. Y en la Comuna 13, a comienzos del siglo XXI, el chismorreo podía causarle la muerte a cualquiera.

Aníbal no se fijaba en quién se subía a su carro. No preguntaba, simplemente llevaba y traía mercados, o transportaba personas a distintos lugares de la ciudad. Todo lo hacía de buena fe, sin prejuicios, y eso le salió muy caro.

En esos años, las balaceras se presentaban a cualquier hora. En las terrazas, tejados, patios y balcones los vecinos barrían los casquillos de las balas como si fueran hojas secas de los árboles.

En ese ambiente, Aníbal salía a trabajar confiado en que su labor no lo vinculaba a ningún bando. Y es que él prefería evitar cualquier conflicto. Pero la guerra no lo ignoró y, tras los sucesos de Orión, quedó en la mira. Los paramilitares lo acusaban de transportar guerrilleros y lo sentenciaron a muerte.

Así se hacían las cosas en ese tiempo. Alguien acusaba desde el anonimato y los esbirros hacían el resto. Las víctimas nunca tenían oportunidad para defenderse, para desmentir el rumor o la acusación.

Cuatro hombres lo abordaron la noche del 2 de diciembre y le pidieron que los llevara hasta San Michel, tres de ellos, al parecer, eran sus amigos. Nadie sabe qué pasó después. Lo único cierto es que no volvió a aparecer.

El pasado de Bernardo

Desde hace unos diez años Concepción y Bernardo viven solos en esa vieja casa de paredes blancas y tejas carmesí que él heredó de sus padres: Honorio y María, quienes llegaron a Medellín

procedentes de Marinilla a mediados de los años cincuenta del siglo XX, con siete hijos. Vinieron a la capital escapando de la pesadilla de la violencia partidista entre conservadores y liberales.

Honorio era policía, uno de los tres que había en ese pequeño caserío en el oriente de Antioquia. Pero además de agente de la ley era liberal y analfabeta, condiciones muy desfavorables en una población decididamente conservadora, ajustada a las reglas sacras de Santa Rosa de Osos. Llegaron a San Javier cuando era apenas un amplio matollar con escasos ranchos al pie de una montaña agreste desde la que se desprendían quebradas amenazantes.

Bernardo era uno de los hijos mayores, y en cuanto su padre se marchaba a trabajar como albañil o carpintero, se escabullía del rancho para rebuscarse unos pesos. A pesar de las dificultades, los hijos de Honorio culminaron el bachillerato en un colegio del barrio Cristóbal. Fue allí donde Bernardo conoció a Concepción. Una morena de ojos grandes y pelo crespo.

A finales de 1957 el colegio armó un paseo a Cisneros y Bernardo comprendió que esa sería su única oportunidad para conquistar a Concepción. Él tenía dieciocho años y ella diecisiete. Cuatro años más tarde los jóvenes enamorados se fueron a vivir juntos. No tenían mucho y tampoco gozaban de la total aprobación de sus familiares. Pero a ellos les daba lo mismo. Bernardo consiguió trabajo como vigilante en el barrio La Castellana y con lo que ganaba bastaba para sostener su nuevo hogar. Ninguno de los dos quiso seguir estudiando, aunque de niños ambos soñaban con ser médicos. Se casaron y fueron padres de siete hijos.

En Medellín estaban en auge las ladrilleras y los tejares. En San Javier se fundaron dos, uno de ellos en el sector de la empresa Terrigenos, en donde Bernardo consiguió puesto como plomero. Eso fue en 1973. Tenía 33 años y comenzó ganándose 21 pesos semanales.

La soledad de los padres

Hoy día, Bernardo permanece en su casa, sentado en un viejo sillón de madera forrado en terciopelo. Y él mismo parece un antiguo mueble maltratado por el tiempo y el polvo, aferrándose inútilmente a la realidad de una época que lo ha descartado para siempre.

Es un martes cualquiera de mayo de 2016, y en el equipo de sonido llora una canción de Agustín Magaldi: "Hace frío, verdad mi hijo, ya se está poniendo oscuro. Tápese con este poncho, y por siempre llévelo. Yo iré al campo santo y a la par de su abuelita, con su daga y con mis uñas, una fosa voy abrir. Y a su pobre madrequita... y a su pobre madrequita... le diré que usted se ha ido y que pronto va venir".

Dios te salve hijo mío se titula el tango, una letanía que Bernardo canta a media voz, mientras espera el ocaso de su largo peregrinaje por ese retazo de mundo hecho de quebradas, montañas y dolencias infinitas. Sueña encontrarse con su hijo en alguna dimensión etérea, si acaso hay más camino después de que el corazón se detenga.

"Y ahora vieja, por las dudas, como el viaje es algo largo, préndale unas cuantas velas, por si acaso nada más. Arrodílese y le reza, pa que Dios no lo abandone, y suplique por las almas que precisan luz y paz", termina la canción de Magaldi. A Bernardo se le escapa una lágrima, una sola. Luego se para, se toma un aguardiente y, sin mirar el humilde altar que Concepción le hizo a Aníbal, va y se encierra en su habitación.

Cada día, a las seis de la mañana, el viejo se sacude su letargo y se levanta de la cama. Con lentitud y en silencio llega hasta el comedor, ingiere los alimentos y luego vuelve a su alcoba a descansar otro rato, mientras Concepción se levanta y lava los platos, mascullando alguna queja entre dientes. Luego comienza a preparar el almuerzo. Un gato va y viene a su antojo, y desde hace un año, así como así, una lora se aposentó en el balcón de la casa, y surgió la necesidad de alimentarla.

Solo ellos cuatro viven en la vieja casa de El Salado, pues los hijos se marcharon hace tiempo, huyéndole a los malos recuerdos. Concepción y Bernardo no se van, no se quieren ir. Son las últimas columnas de una casa, de una familia que se niega a derrumbarse por completo.

Regreso a la escombrera

Cuando llegó a la escombrera se encontró con un peladero en medio de la escarpada montaña que conecta a la Comuna 13 con Belén y con el corregimiento de San Cristóbal. Varias personas vestidas con trajes blancos de plástico estaban disgregadas por el terreno recogiendo muestras de aquella tierra muerta rodeada de pasto. Parecía la escena de un alunizaje con astronautas concentrados en rumiar esa especie de nuevo mundo.

Bernardo, visiblemente perturbado por el viaje, caminó el terreno, como descubriéndolo por primera vez, sin darse cuenta de que bajo sus pies, a lo largo y ancho de más de quince hectáreas, miles de toneladas de escombros se entremezclan con huesos de animales y humanos.

Inmóvil sobre esa tierra yerma, el anciano se quedó mirando hacia el occidente, a un par de kilómetros, donde otra escombrera se eleva sobre los últimos techos de teja y zinc de los barrios El Salado, Independencias, Eduardo Santos y Peñitas. Agotado por el peso de sus 77 años, señaló ese otro cementerio de escombros. Masculló algo y luego se acercó lentamente a uno de los antropólogos vestido de blanco, todavía con su dedo índice en dirección a occidente.

—Mire señor, mi hijo no está aquí. Mi hijo debe estar allá. Acá me mandaba la empresa a arreglar tubos o conexiones, o a pegar algún ladrillo. Esta era mi segunda casa y los vigilantes eran mis amigos. Mi hijo no puede estar acá —le dijo sin esperar respuesta y emprendió el camino de regreso a su casa, con la consigna de jamás volver a la escombrera que tantas marcas dejó en su vida. ☺



EQUIVOCACIÓN FATAL

Pobre lombriz:
siguió por el camino de cemento.

Pobre civilización de cemento:
no siguió por el camino de la poesía.

Oscar Escobar

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
www.confiar.coop

UNIVERSIDAD
EAFIT

Centro de
Análisis Político



CONSTRUCCIÓN DE PAZ EN ESCENARIOS DE POSCONFLICTO

40 horas.

11 al 15 de julio de 2016

8:00 a.m. a 12:00 m. y 2:00 a 6:30 p.m.

Inversión externos EAFIT:
\$1.600.000 COP.

Inversión internos:
\$1.440.000 COP.

Clases teóricas, recorridos por la ciudad y workshop de ideas "Rehabilitar el Centro de Medellín".

Escuela
de Verano
EAFIT

Más información:

Teléfono: (57) (4) 2619500 Ext. 9093

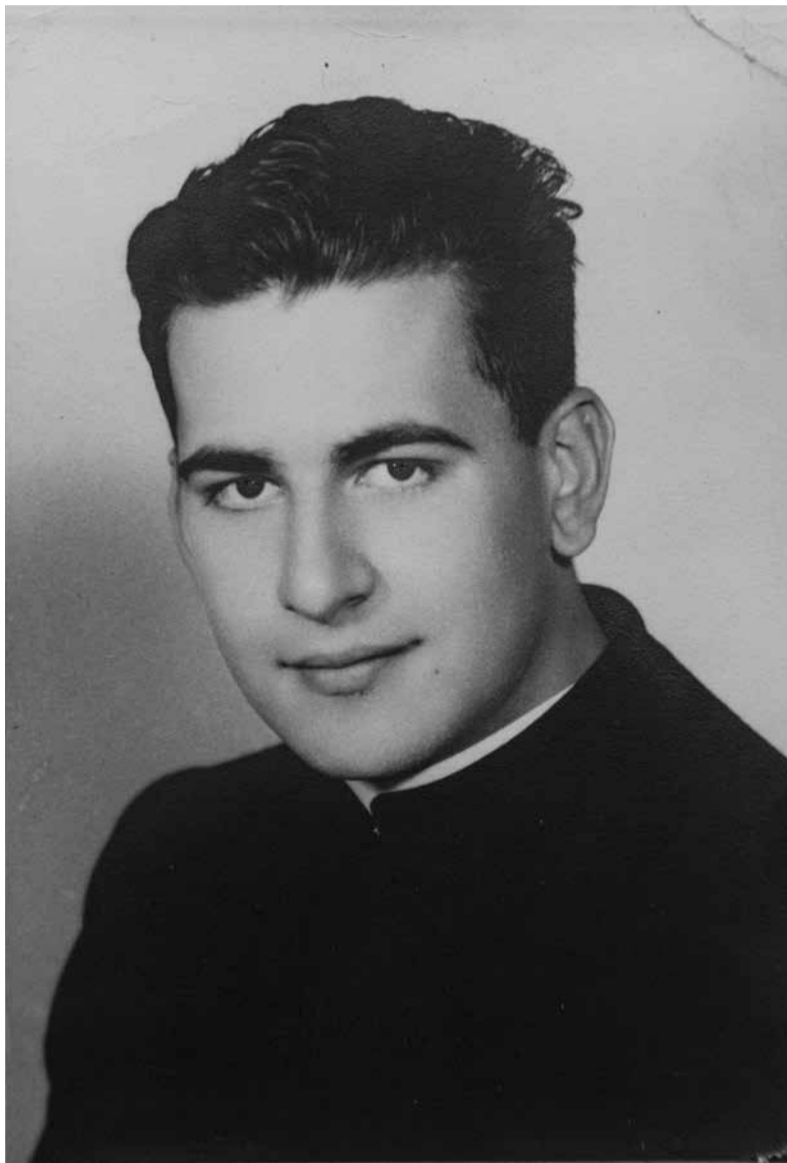
escueladeverano@eafit.edu.co

www.eafit.edu.co/escueladeverano

Algunos curas eligen apostolados insólitos y terminan ejerciendo desde púlpitos variados y subterráneos. Luis Alberto Álvarez fue uno de esos claretianos que persuadía desde revistas, foros, emisoras universitarias y calles. Se cumplen veinte años de su muerte y un compañero de hábitos nos cuenta el peregrinaje.

VILLA CON SAN JUAN

por GUILLERMO VÁSQUEZ S.



Luis Alberto Álvarez a sus 18 años, 1963.



Luis Alberto retratado por Flor María Bouhot en 1983.

Rodábamos por las calles del Centro de Medellín desde la esquina, ya empinada, de Villa con San Juan. Más atrás del solar, atraía rayos y centellas el monumento de El Salvador, y desde la terracota de la sala podíamos ver el edificio del Palacio de Justicia, inconcluso por años; hasta se vislumbraba el hormigueo de El Pedrero, mercado público sucio y desordenado que estrechaba la vía frente a la estación del ferrocarril.

Era la Bella Villa de antes de la Avenida Oriental, Jorge Eliécer Gaitán en la desconocida nomenclatura del honorable Consejo. La Tacita de Plata pocos años antes de “el imperio del mal”.

Dora Ramírez se había parapetado tras los postigos de su casona familiar a pocas cuadras de la catedral: “Que vengan a sacarme con policía”, y así fue, se moría de la risa mostrándonos una Polaroid, sentada en su mecedora favorita se balanceaba entre los muebles y corotos del lanzamiento, apilados al frente de la fachada de la que fuera su casa familiar por varias generaciones. “¡Me sacaron al fin, pero a la fuerza!; ¡no podía hacer menos, acabaron con esta ciudad!”.

Todavía existía el barrio Guayaquil en todo su esplendor: las hileras de cafetines de todas las especies, y de hotelitos y residencias. Los sones caribeños comenzaban a desplazar al tango y las rancheras. Todavía los más atrevidos se rodaban hasta Lovaina, y los más nostálgicos frecuentaban las últimas cantinas que funcionaban por La Toma. Por ese entonces ya pintaba la vida nocturna de la ciudad una patrona respetable; y los muchachos iban hasta el barrio Manila en El Poblado a comprar Tres patadas, un vino dulzarrón que salía muy barato porque jalaba rápido.

Pero estos son apenas posibles decorados para los actos de una ópera prima y única. La de una vida como la de Luis Alberto Álvarez Córdoba, consagrada al cultivo de altos, dignos y placenteros ideales, y que los azares del tiempo le permitieron disfrutar apenas hasta los cincuenta años de edad.

Se enorgullecía de sus ancestros mineros en Titiribí. Alguna vez quiso acompañarnos a un paseo por el suroeste. Bajamos hasta las ruinas de las minas de El Zancudo donde habían vivido sus abuelos y bisabuelos. Por ese lado se enlazaba con León de Greiff, sabía de ese punto “en que se juntan La

Comió con el Cauca...”, y por ese lado le eran familiares los poemas musicales del vate paisa de origen nórdico.

Luis Alberto era un melómano que ejercía el apostolado de su manía: quería que todos escucháramos música. No cualquier música, ya había escalado los cielos de los cielos y había llegado a Bach, Mozart y a géneros polémicos como la ópera.

Pasaba por Bellas Artes —el Palacio del que se burlaba Alberto Aguirre diciendo que no era ni palacio ni de bellas artes—, allí debía presentar un concierto didáctico de Teresita Gómez para un grupo de estudiantes de escuelas primarias. Luego subía a la emisora de la UPB, cuando funcionaba en un local de La Playa, y grababa su programa de ópera que se emitía en horario y día “para la inmensa minoría”, como diría don Alvaro Castaño: domingos, 10 p.m. Y ese mismo día, u otro, llegaba hasta el Banco de la República, sin Gorda de Botero todavía, ni estación del metro, y daba un curso sobre música barroca o sobre el musical americano.

Por la noche tenía que hablar del nuevo cine alemán en el Colombo Americano, en su vieja sede, o en la que renació después de un atentado sin víctimas.

Esa noche Luis estaba proyectando *Las lágrimas de Verónica Voss* de Fassbinder.

Luis Alberto había nacido en el Hospital San Vicente, “en el pabellón de pensionados” anotaba alguien de su familia, por si acaso. Era hijo de médico y contaba que en su adolescencia había pensado seguir esa ruta. Su padre, muy joven todavía, fue secretario de salud del departamento. Y después ejerció como médico de planta en Coltejer, cuando todavía la fábrica se alzaba por los lados de La Toma, no lejos del barrio Buenos Aires. Hasta pocos años antes de su muerte y del traslado de la fábrica, tuvo el doctor Alberto Álvarez su consultorio en Coltejer.

Otra vez hacíamos el circuito de los cinemas: el teatro Colombia en Maracaibo, el Lido, salvado de convertirse en un San Andresito; el Colombia, arriba por la placita de Florez, a donde fuimos a ver una noche desolada la magnífica *Solaris* de Tarkovsky; para asistir después a la tertulia que se armaba en nuestra casa de Villa con San Juan o en otra parte: podía ser el combo de Elkin Obregón con Luis Fernando Calderón, Gloria Bermúdez, bibliotecóloga de la U de A, amiga de los dos y, para promediar la edad, el joven Víctor

Gaviria, cuando todavía filmaba en Súper 8. ¡Lo que oímos sobre *Solaris*! Pero Luis y yo estábamos de acuerdo en que era metafísica pura, cine metafísico; o algo por el estilo, para quien sospeche de lo metafísico.

Este periplo de los cinemas de Luis Alberto tiene que pasar por el Libia, destinado por Cine Colombia, a ser su sala de “cine arte”, como decía el administrador en cierta época. El hombre esperaba, con temor y temblor, el veredicto de Luis Alberto en la página dominical de *El Colombiano*. Y si no la mencionaba, peor, ahí sí que no iba nadie. Ese entorno comenzaba a volverse peligroso, nuestro pequeño Bronx.

Por ese entonces, como reza la liturgia católica, nació el cineclub El Subterráneo. Una quijotada cultural de jóvenes por el arte y las letras: Pacholo... y Jorge Barberof vástago de una importante familia judía. El nombre del cineclub era realista: funcionaba en los bajos, en el subterráneo de un edificio de la parroquia de San José del Poblado, a una cuadra del parque. Como eran buenas pagas no les pusieron problemas al principio, pero terminaron cediendo ante la inconformidad de los feligreses que consideraban inmoral y perversa la programación de El Subterráneo. Y les pidieron el local.

Entonces, sin cambiar de nombre, se trasladaron a la sala subterránea de cine de Suramericana, un arriendo financiado. Y Luis Alberto pontificaba allí: establecía los ciclos, definía la programación, veía la película y la comentaba con los asistentes.

El cineclub publicaba su boletín, llamado con originalidad *El Subterráneo*. Alcanzó a sobrevivir dos o tres años. La ilustración de la portada, acorde con el tema de la edición, la hacían alternativamente Alberto Sierra y Elkin Obregón. El artículo de fondo era casi siempre de Luis Alberto; y se publicaban noticias, reseñas, avisos publicitarios, correspondencia con otros cineclubes. Algún coleccionista caprichoso lo tendrá entre sus tesoros escondidos.

Alberto Sierra era un joven egresado de bellas artes de la universidad paisa. Por él conocimos a la que era su novia y colega Flor María Bouhot. Hicimos de curas casamenteros, nos gozamos los ataques de risa nerviosa de Flor María mientras presidíamos sus bodas y nos hicimos poco a poco más cercanos e íntimos. Flor María nos asomaba a sus mundos, a la paleta de sus colores, a las formas vibrantes de la armonía. Convenció a un Luis Alberto renuente, me hizo su cómplice para arrancarle el consentimiento, le propuso que posara para ella retratarlo. En una de sus primeras exposiciones a las que asistimos, en una sala del edificio de la Cámara de Comercio, nos encontramos campeando el retrato hecho en acrílico sobre lienzo: la pose característica del conversador o del oidor, la mejilla apoyada en la mano doblada, el brazo flexionado, la mirada límpida y amable, los pliegues de la boca. Le puso rojo el cabello, rojos los labios carnosos, lo convirtió en una *super star*. Y se reía orgullosa de su retrato.

Tuvimos nuestro cineclub casero, doméstico. Allí en Villa con San Juan, en el patio despejado de bifloras, anturios y de jaulas, con un proyector de 16 milímetros que canjeamos por el viejo proyector de Riosucio, Chocó, (pero esa es otra historia), rodeados de muchachos y muchachas, jóvenes universitarios o profesionales, discípulos y amigos de Luis Alberto. En esas noches cálidas de Medellín apenas empezaban las hazañas del “patrón”. Vimos mucho cine: por lo menos “todo” el “nuevo cine alemán” de Internaciones, la empresa de la República Federal de Alemania para la difusión del cine.

El contacto teutónico era el Goethe Institut, de cuya seccional en Medellín Luis Alberto era profesor. Daba un curso de cuatro o seis horas semanales para interesados en conversar en alemán. Nos abría el acceso a la muy buena biblioteca del Goethe, como lo llamábamos campechanamente, y podíamos disfrutar y coleccionar las magníficas revistas culturales de la Alemania Federal, *Humboldt*, por ejemplo.

Este flanco germánico de Luis Alberto venía de sus estudios en Europa: primero hizo el cuatrienio teológico en Roma, con largas vacaciones veraniegas en Viena para comenzar con el alemán. Traslado a Alemania recibió allí la ordenación sacerdotal en Spaichingen, una pequeña población en donde los misioneros claretianos tenían una casa. Asistió a cursos de sociología religiosa, comunicación y trabajo sociales en la universidad de Würzburg, y comenzó su colección de materiales sobre cine, alimento de una devoción que venía de placenteras experiencias familiares, del cine que pudo ver en Medellín durante su adolescencia y de algunos contactos providenciales en Italia, con jesuitas abiertos a las manifestaciones culturales.

Esa pequeña colección llegó a ser una biblioteca personal de cine, con libros en diversas lenguas, una videoteca de cientos de películas cuidadosamente escogidas, una fonoteca maravillosa donde estaba todo Mozart y gran parte de la ópera del mundo, y un archivo personal de recortes de periódicos y revistas sobre cine.

Todo este legado reposa ahora en la Universidad de Antioquia que concedió a Luis Alberto, poco antes de su prematura y lamentada muerte, el título *honoris causa* en Comunicación Social.

Podría seguir deshilvanando los recuerdos de una larga convivencia, y de una todavía más larga amistad, pero dejo en este punto mi homenaje a quien hace veinte años dejó de iluminarnos con su presencia bondadosa y de enseñarnos tantas cosas hermosas como aprendimos con él. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

GUANTEROS, PELÓN Y OTROS FANTASMAS

La Pascasia es una vieja casona que desde hace un mes alberga a una tropa de músicos, pintores, escritores y periodistas. Ellos mismos definen su nuevo hábitat: “Casa de totumo en el patio, casa vieja, casa en ciernes”. Son jóvenes, y con ganas de hacer cosas; que las hagan, y por mucho tiempo.

La Pascasia queda en la carrera Pascasio Uribe 46-46. Se ubica pues en la zona del antiguo Guanteros, que fue barrio y ya es apenas nada, y que tuvo fértil y sonada vida. Unas gotas de historia:

Termina el siglo XIX, comienza el XX; Guanteros es un barrio consolidado. Se vive, se habita, pero también cobija juergas, bohemia, bailongos no muy santos. Copio a Heriberto Zapata Cuéncar, de su libro *Pelón Santamarta*: “Guanteros fue el sitio predilecto para la bohemia medellinense. Poetas, músicos, escritores, cantores, cuentistas. Todo cuanto valía en este pueblo de Medellín acudía a Guanteros a tomarse sus buenos aguardientes de caña. Y en Guanteros nacieron muchos de nuestros grandes cantores populares: Juan Yepes, Pelón Santamarta, Adolfo Marín, Manuel Ruiz, más conocido como Blumen y cuántos más...”

1902. Por allí anda otra vez Pelón, de regreso del Valle y de Bogotá. Trae canciones, unas aprendidas, otras propias. Imagina uno la escena: termina el trabajo del día (Pelón es sastrero, como lo fueron otros músicos de la época), llegan colegas, se prenden candiles; vuelven a su sitio tijeras y agujas, salen a escena tipples y guitarras. Y “algo ocurre en el universo”. Vuelvo a Zapata Cuéncar: “Entonces, ¿cómo llevar una serenata, cómo celebrar con canciones alguna fiesta o reunión social si esas canciones no existían? Pues, sencillamente, había que crearlas”. Y he aquí un fenómeno que permanece en el misterio: cómo y por qué estos hombres de escasa instrucción y precarias nociones musicales se sacaron de la manga un abanico de melodías exquisitas, de una elegancia poco menos que insólita, poco o nada acorde con tales escenarios. “Flores corraloneras”, diría Borges. Pero es mucho más que eso.

No puede este cronista abandonar Guanteros sin subir unos metros (y unos años), y llegar a Niquitao, por entonces Calle de las Peruchas. Allí existió El Blumen, local donde se comía y se bebía, y que frecuentaron poetas y escritores, entre ellos el mismísimo Tomás Carrasquilla. Hijo de la dueña era Manuel Ruiz, y de allí derivó su nombre musical, Manuel Blumen, cantor de preciosa voz y uno de los compositores más refinados que dio esa tropa de empíricos, ya casi olvidados. Dejemos así la cosa. Tal vez La Pascasia se decida alguna vez a airear esos fantasmas.

CODA

No cabe aquí contar las hazañas de Pelón, el viaje mítico (no tanto por las distancias, sino por las circunstancias) que lo llevó desde Guanteros a Nueva York —dejando de paso en México, con su compañero Adolfo Marín, el primer registro sonoro de canciones colombianas—. Fue, sin saberlo, una especie de Ulises paisa. Me copio a mí mismo, de un librito cuasi inédito, para cerrar el telón: De las andanzas de Pelón y Marín solo sabemos, y muy parcialmente, los hechos externos, las peripecias. Qué se cocía en ellas, en ese desapego, en ese moverse de aquí a allá, tan enraizados en sus canciones, tan indiferentes a su suelo. En una obra de Joseph Conrad hay esta frase: “Íbamos ya tan lejos, que no era posible regresar”. Pues tal vez eso. ☺



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA

Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

El día que me caí

Selección de ANDRÉS DELGADO

Ilustración: Mónica Betancourt



Casi muere en el Thermo King

Por José Granada. Patio 3.

Las siete de la noche, de un 28 de septiembre, me encontraba en mi casa cuando tocaron la puerta. Era el novio de mi hermana. Me llamó y me dijo:

—Cuñado, vamos a hacer una vuelta, es un carro de Colanta que viene de Betulia con ochenta millones.

—Aguanta, y ¿cómo es?

—Nos vamos en el carro de un amigo, él tiene un Mazda, nos vamos con él y el parcero de Colanta, que conoce el carro.

—Y el fierro ¿qué?

—¿Cuñado qué pasa?, ya lo tengo.

—Vamos —le dije entusiasmado—, ¿cuándo?

—Ya, salimos en media hora.

Y así fue. Llegamos al lugar a las once de la noche. Era plena carretera y nos quedamos a oscuras, dentro del carro, los cuatro personajes. Siendo las cuatro de la mañana, bajaba un furgón de trompa naranjada. Era un 350 de placas: LCB044 de Itagüí. Cuando vimos que bajaba, le atravesamos el carro y el señor paró y yo le llegué hasta la puerta del camión:

—Quieto, bájese rápido, pirobo —y le apunté.

Y el señor asustado se bajó del furgón. Y volví y le dije:

—La plata o lo mato.

Yo, dándole la cara, le gritaba. El conductor me dijo que la plata estaba ahí, en el carro, en la caja fuerte, pegada del chasis.

—Tiene clave y no me la sé, solo la saben algunas personas en la empresa.

Le pegué un cachazo, lo requisé, le quité la comunicación, les dije a los muchachos que lo amarraran y lo montaron al furgón y le echaron candado.

—Vamos a tumbar esa caja fuerte a Medellín.

Arranqué en el camión de Colanta con el chofer y la plata encerrados y con el parcero que trabajaba en Colanta, el que cantaba los fletes.

En las partidas, por Concordia, el muchacho que venía conmigo se bajó, dijo que venía azarado y se fue. Yo seguí en el furgón. Llegué a Caldas y llamé al cuñado, que supuestamente iba atrás, en el Mazda, pero nada, esos manes resultaron en Santa Fe de Antioquia.

Pero seguí con ese cucho amarrado atrás. Iba para un garaje en La Floresta. Subía por la calle Colombia, más arriba de la Cuarta Brigada, cuando se me atravesaron dos motos de la policía, apuntándome. Me ordenaron detenerme y que me bajara del camión. Pidieron que abriera el candado del furgón. Antes de abrir pude ver un hueco, en un lateral del camión, un hueco de un tamaño como para meter una mano. Abrí el candado y la compuerta del furgón. El señor estaba desmayado, tenía hipotermia. Él traía prendido el thermoking a dos grados bajo cero.

El señor con ganas de vivir se había desamarrado y había hecho un hueco para voliar la mano, un taxista lo vio y me entregó. Los policías me esposaron y llamaron una ambulancia. Llegaron carros de la policía y me llevaron para la estación de Laureles y luego a la URI, para luego ser trasladado a Bellavista. Así me caí.

El lenguaje carcelario está disparado unos kilómetros adelante del lenguaje común. Decir, por ejemplo, “mi mamá viene el domingo a las trece”, quiere decir que al patio acaba de llegar un sujeto con trece gramos de cocaína metidos en dedos rellenos hechos con condones, embuchados en el estómago, y que en menos de una hora, cuando vomite, se podrá vender la droga entre la gente de las celdas. Quien no entiende se jode y se queda sin merca. El lenguaje de la prisión es tema literario. Si se quiere sobrellevar la vida, hay que aprender a decir las cosas para que entiendan solo quienes tienen que entender, así todos escuchan.

de diferentes personajes para poder robar el dinero.

Cuando tuvimos el forcejeo, en el andén, yo sabía que no los podía dejar entrar a mi casa. En una caleta, en mi cuarto, tenía doce cédulas falsas, con mi fotografía y más de veinte tarjetas de crédito y débito falsas. Solo sé que extraño a mi familia y el tiempo perdido no lo paga el dinero obtenido.

¿Cómo me caí?

Por Kawasaki

¿Cómo me caí en la cárcel? Por güevón, no mentiras, o sí. Era el 9 de diciembre del 2015 cuando llegaron Jaraba y Sebas, yo recuerdo que estaba en la esquina con los pelados, fumándome un bareto. Y ellos montados dentro del carro, Sebas manejando y Jaraba al lado. Se me acercaron y me dijeron:

—¿Nos vamos a camellar?

—¿Con este guayabo? —les dije.

Eran como las 8:30 de la noche.

—No, hágale socio, vamos y compramos unos gramos en el Barrio y patrullamos a ver qué se ve. Si se puede lo hacemos y si no, normal.

Bueno, me insistieron hasta que me subí. En el camino compramos pepas, chorro y perico, porque ya habíamos cobrado. Ese fue el error más grande, porque cuando uno va a camellar tiene que ser en sano juicio; además el día anterior nos había ido muy bien y, como se dice, ya teníamos pal fresco.

Íbamos subiendo por la canalización cuando se nos apagó el carro.

—Ay, marica, verdad, no le echamos gasolina.

No habíamos cogido el primero y yo les digo:

—Demos la vuelta y nos vamos para la casa.

Nos tocó ir por gasolina en una bolsa. Arrancamos de nuevo. Bajando, vimos dos personas sentadas fumando. Dijimos, vamos a coger a esos dos. Ahí está el fresco. Los cogimos y nos les llevamos todo. Cuando nos subimos al carro, nos empezaron a seguir dos motos, eran las 10:30 de la noche. “Paren maricones”, nos gritaban. Les pelamos los fierros, sin bajarnos del carro, y no los volvimos a ver. Como a los quince minutos, íbamos por la autopista, cuando nos volvieron a salir unos tombs. Nos bajamos del carro y nos cogieron todo, el fierro y lo que habíamos robado. Y aquí estoy, pagando las consecuencias de las cosas mal hechas. ©

Recordé a Leonardo Dicaprio

Por Lucky

Se me miércoles en la tarde estaba en mi casa viendo tv. Cuando tocaron la puerta no me asomé por la ventana como siempre lo hago, sino que bajé de mi habitación y atendí el llamado. Al abrir la puerta y ver dos sujetos desconocidos, mi intuición me lo dijo: “Vida hijueputa, me caí”. Me pidieron firmar un recibo de una notificación. Aún no se habían identificado. Al extender mi brazo para recibir dicho documento, ambos me sujetaron por las muñecas y trataron de sacarme al andén. Forcejamos un poco, hasta que uno de ellos sacó su pistola y el carnet que lo acreditaba como policía de la Sijín.

Lo que siguió a ese momento fue temor, incertidumbre y análisis.

Al momento de presentarme ante la fiscal, ya sabía el porqué de aquel tropiezo. Nada pude hacer para justificarme. Recordé aquella vez que intentaba sustraer dinero de una entidad bancaria, suplantando la identidad de alguien más. Ya estaba todo listo para que la cajera me diera el dinero, pero noté algo raro en la cédula falsa.

Llamó a otra funcionaria. Supe que tenía problemas y debía salir de allí. En un descuido de ambas, dejé aquel lugar, pero en mi interior sabía que al dejar esa cédula solo era cuestión de tiempo para que me ubicaran, tenía antecedentes por este delito.

Recordé a Leonardo Dicaprio en la película *Atrápame si puedes*, en la que suplantaba ante entidades financieras, públicas y privadas la identidad

Contribuir con una mejor calidad de vida nos inspira



Por eso trabajamos en la reforestación de bosques y cuencas para que las futuras generaciones cuenten con un mundo mejor.

Conoce nuestro Informe de Sostenibilidad en www.sostenibilidadgrupoeppm.com.co

Grupo 



ATRÉVETE A **PLASMAR** —
—IDEAS COMUNICACIÓN PUBLICITARIA
NUEVO PREGRADO



FUTURO FUBA







Fundación Universitaria
Bellas Artes

ATRÉVETE • ESTUDIA • CREA

SNIES 105225

INSCRIPCIONES ABIERTAS

Teléfono: 57 (4) 444 77 87 / www.bellasartesmed.edu.co
Institución de educación superior sujeta a vigilancia por el Ministerio de Educación Nacional

Hace cuarenta días se encontraron nueve toneladas de coca en la finca Nueva Colón, en Turbo. Un acopio que no se veía en Colombia hace años. Esa tierra buena, que puede ser principio o fin a muchas penas, también es hoy la sede de nuestra embajada cubana y de los consulados de Etiopía, Nepal y Nigeria. Razón tenía el visionario Leopoldo III de Bélgica que se aventuró hasta esa promesa en 1956.

Turbo, de príncipes y mendigos

por HERNANDO GONZÁLEZ

Fotografías: Sergio González

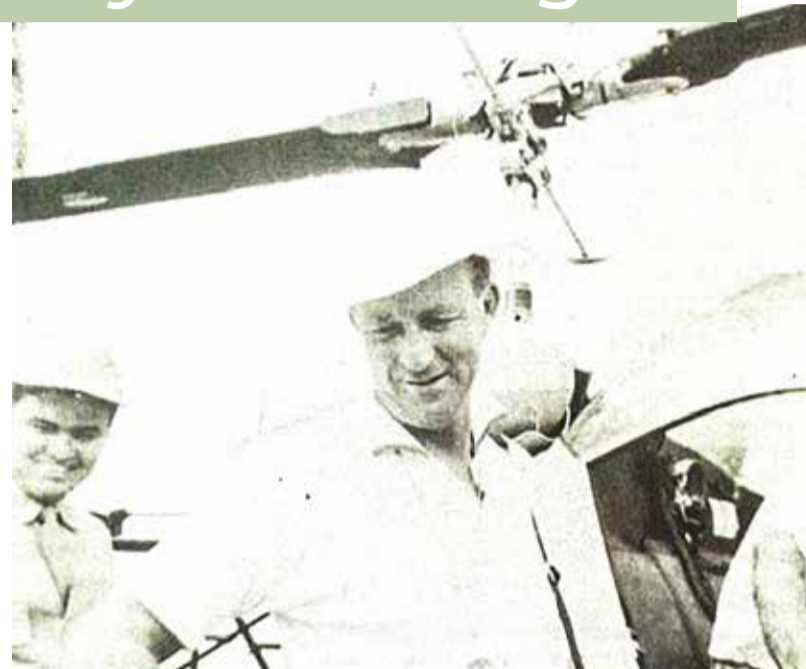
Turbo 5 a.m. Las calles permanecen oscuras, dormidas, excepto por el movimiento larvario del Wafe. El olor a podrido ha menguado, sí, pero no ha desaparecido del todo. El Wafe, así llaman al muelle, en memoria, dicen, de un famoso hotel o estadero que existió allí hace tiempos. El olor a podrido ha menguado. Años atrás era peor. Un vaho nauseabundo dominaba el lugar. No era una pestilencia originada por los desechos químicos. No. En Turbo no hay fábricas. En Turbo, en el Wafe, era el miasma exacerbado, la pudrición de las aguas, de las basuras, de los microbios marinos, de todo. Era un aire podrido.

El vaho maloliente ha disminuido pero no ha desaparecido. Las pangas atracadas en el muelle, los voceadores gritando: "Triganá, Capurganá"; los buses que parten para Montería, Apartadó, Mutatá; los cafés recién abiertos. Una procesión de evangélicos, conformada en su mayoría por mujeres de avanzada edad, recorre las calles haciendo bulla con el megáfono, lanzando admoniciones apocalípticas. Semejan una fantasmagoría, un desfile zombi. Una familia que ha hecho el viaje desde Medellín en el mismo bus que yo, se embarca en una de las pangas. Los envuelve un nimbo de aventura, de recreo. ¡El mar! Orino en el café de la esquina y subo a una buseta con destino a Uveros. No es tan paradisíaco como Capurganá o Triganá. En compensación, es el reino de mis lares.

Dos horas y media de viaje por una carretera sofocante (el sol sale y abrasa desde temprano), con tramos destapados donde la buseta da bandazos y levanta nubes de polvo, con una escala en Necoclí (donde se levantó San Sebastián de Urabá, la primera población fundada por los españoles en el golfo) y su calle sucia bordeada de robustas casias. ¡Casias! Necoclí tiene mar, pero no puedo verlo desde la buseta detenida en la plaza. Debo esperar hasta Uveros para sentir el murmullo de las olas. La ventura me sonríe de Necoclí para allá, despliega ante mi vista la ensoñada abundancia de los robles florecidos. Rosado ensueño. Llego a Uveros y el mar me acoge con los brazos abiertos. No falta el lunar a esta dicha: el pueblo carece de agua corriente. De vez en cuando llega un carro cisterna y reparte su alivio. Es todo un acontecimiento. La gente corre a llenar los chócoros.

En 1885, en la Conferencia de Berlín, convocada por Francia y el Reino Unido, liderada por Bismarck, cancelier alemán, las potencias europeas se repartieron el continente africano. El llamado Estado Libre del Congo nació bajo la soberanía de la Asociación Internacional del Congo y la propiedad de Leopoldo II, rey de los belgas, quien cedió las tierras a su país en 1908.

Cuando Leopoldo III visitó Urabá, a comienzos de 1956, decía con deleite que esta región le recordaba al Congo. Leopoldo III llegó a Urabá con el propósito de realizar excavaciones en Santa María la Antigua del Darién, la primera



Leopoldo III a su llegada a Turbo.

ciudad fundada por los españoles en tierra firme. En unos textos aparece Vasco Núñez de Balboa como su fundador, y en otros se menciona a Martín Fernández de Enciso. Sobre el año de fundación no hay duda, 1510. Santa María la Antigua era la capital de la Gobernación de Castilla de Oro. Tuvo breve existencia. Pedrarias Dávila, al ser encargado del mando del territorio, decapitó a Vasco Núñez y trasladó la capital a Panamá, que él mismo había fundado en 1519. A Santa María la Antigua, como a los personajes de Rivera en *La vorágine*, se la tragó la selva.

Casi treinta años después, al morir Leopoldo III en 1983, en las paredes de su castillo de Laeken permanecían colgadas las fotografías tomadas en Urabá, y en su escritorio estaba desplegado el mapa de Santa María la Antigua del Darién.

Leopoldo llegó a Barranquilla. Tres aviones lo llevaron junto con su comitiva (y sus equipos de caza y pesca) hasta

Turbo. Se hospedó en el hotel principal, reservado exclusivamente para él y sus acompañantes. Le acompañaron su esposa, Lilian Baels, princesa de Réthy, un primo y el arqueólogo venezolano José M. Cruxent, quien ya había viajado con el soberano en una excursión por el Amazonas. Un decreto expedido por el alcalde de la localidad designó a Leopoldo huésped de honor.

La prensa de la época hizo el cubrimiento del suceso con la ceremonia y la novelaría del caso. En su delirante xenofilia el cronista de *El Colombiano*, en la sección Ecos y Comentarios, tildó de magnífico el hotel donde se hospedaría Leopoldo y afirmó que su alteza disfrutaría de los deleites de la cocina universal. Y uno se pregunta cómo puede ser magnífico un hotel en esos barrizales y qué cocina universal podrá brindar una región con monocultivos de plátano y coco y una actividad pesquera de subsistencia. Es de suponer que el personal del hotel se desviviría por servir al monarca, pero esto no lograba ocultar el hecho de que Turbo era un pueblo sin agua ni alcantarillado, un olvidado caserío del Urabá antioqueño.

Una foto muestra al real personaje en la entrada de la alcaldía de Turbo: un cincuentón de piel blanca y aspecto distinguido, con ropa de lino y sombrero y una cámara fotográfica colgada al cuello. En otra foto Leopoldo aparece junto a su esposa, él en un correcto vestido de gala; ella en un traje más casual, con pañoleta en la cabeza. El encabezado entrega su versión: "el ex-rey Leopoldo y su esposa... de turismo en Urabá".

¿Qué traje realmente a Leopoldo a Urabá? Se dice que era un viajero incansable, un políglota, un investigador de las diferentes culturas. También se comenta que, como descanso de sus tareas de arqueólogo, pensaba organizar un safari y cazar un tigre en las selvas. Pasaba de la delicada brocha al rifle. Sin embargo, es sabido que apenas se llevó los carapachos de dos armadillos, obsequios de un nativo. En cuanto al producto de sus excavaciones en Santa María la Antigua, se dice que solo halló restos de cerámica indígena y española. Afirma un estudioso del tema que Leopoldo buscaba a Santa María la Antigua con un criterio de monumentalidad que nunca tuvo: solo habían

construcciones de madera y palma, y un poco de ladrillo cocido en el piso de algunas edificaciones. Rojas Pinilla le impidió continuar sus excavaciones so pretexto de que Leopoldo había hallado y ocultado importantes tesoros al gobierno colombiano.

En medio de los recorridos de Leopoldo por la región, los lugareños bautizaban fincas y restaurantes con los nombres de Bélgica, Bruselas, Amberes.

Casi en el mismo tiempo en que Leopoldo confesaba su agrado por la comida típica y la cultura colombiana, en Leopoldville, la capital del Congo, Patrice Lumumba, líder nacionalista, era encarcelado por sus actividades contestatarias. La lucha de Lumumba consiguió su objetivo y el Congo logró su independencia en 1960. Bélgica concedió la autodeterminación al Congo con la infamante cláusula de que el país heredara la deuda externa dejada por los belgas. El Congo nació a la vida autónoma endeudado, pagando un préstamo no recibido y afrontando una grave crisis económica como consecuencia del abuso usurero. Lumumba fue el primer presidente electo del Congo, pero solo duró unos meses en el poder. Tras un golpe de Estado orquestado por los Estados Unidos y los belgas colonialistas, el general Mobutu usurpó el gobierno. Lumumba fue capturado y ejecutado en 1961.

III

Uveros, el reino de mis lares. Urabá. Vecino a Uveros hay un pueblo llamado Damaquiel. Una de las veredas de Damaquiel tiene un nombre que expresa toda la sublime y mísera imaginaria de estas regiones: Bochinché.

Un bochinche se forma en Uveros la tarde de mi llegada. Un perro lastrado ofrece un espectáculo conmovedor: se desplaza por la pedregosa calle arrastrando sus dos patas posteriores, las cuales se ven aplastadas, secas, muertas. Con las patas delanteras imprime a su cuerpo una atormentada dinámica.

¿Dónde habrá salido este perro? Figoneando entre el corrallo, me digo que este animal lacerado semeja una burla o una amenaza de Dios. No tengo tiempo de preguntarme si sufrirá mucho. Un tipo con cara de mandamás saca un revólver, al tiempo que hace apartar a todo el mundo. De manera expedita, una bala manda al perro a mejor vida.

Así es por acá, me explica un pariente, refiriéndose al modo autoritario con que el tipo ha sacrificado al animal. Ellos imponen la ley. Ya estoy aburrido acá, me dice mi interlocutor. Quiere irse de mula a los Estados Unidos. Con unos kilos de cocaína a cuestas, se embarcaría de polizón en Turbo. Se deslizaría en la bodega de uno de los barcos que transportan banano. Iría dispuesto a todo, a matar, si fuera necesario. El asunto es sobrevivir.

¿Qué puede uno pensar frente a esa filosofía brutal a la cual la miseria aboca a la gente? Uno mismo es casi un mendigo. Uno viene de Medellín huyendo al estrés, a los desaires de

la vida. Un chapuzón en el mar tal vez tenga un efecto lustral. La sal tiene propiedades medicinales. Sal es lo que hay en el mar. Dejo a mi pariente puliendo su plan redentor en la proa de una canoa varada en la playa y, quitándome la camisa, corro hacia las olas.

IV

Bélgica se independizó del Reino Unido en 1830. Leopoldo I fundó la casa real de Bélgica en 1831. La historia de sus monarcas es breve. Después de Leopoldo I vienen Leopoldo II, Alberto I, Leopoldo III, Balduino, Alberto II y Felipe, el rey actual, que se posesionó en 2013.

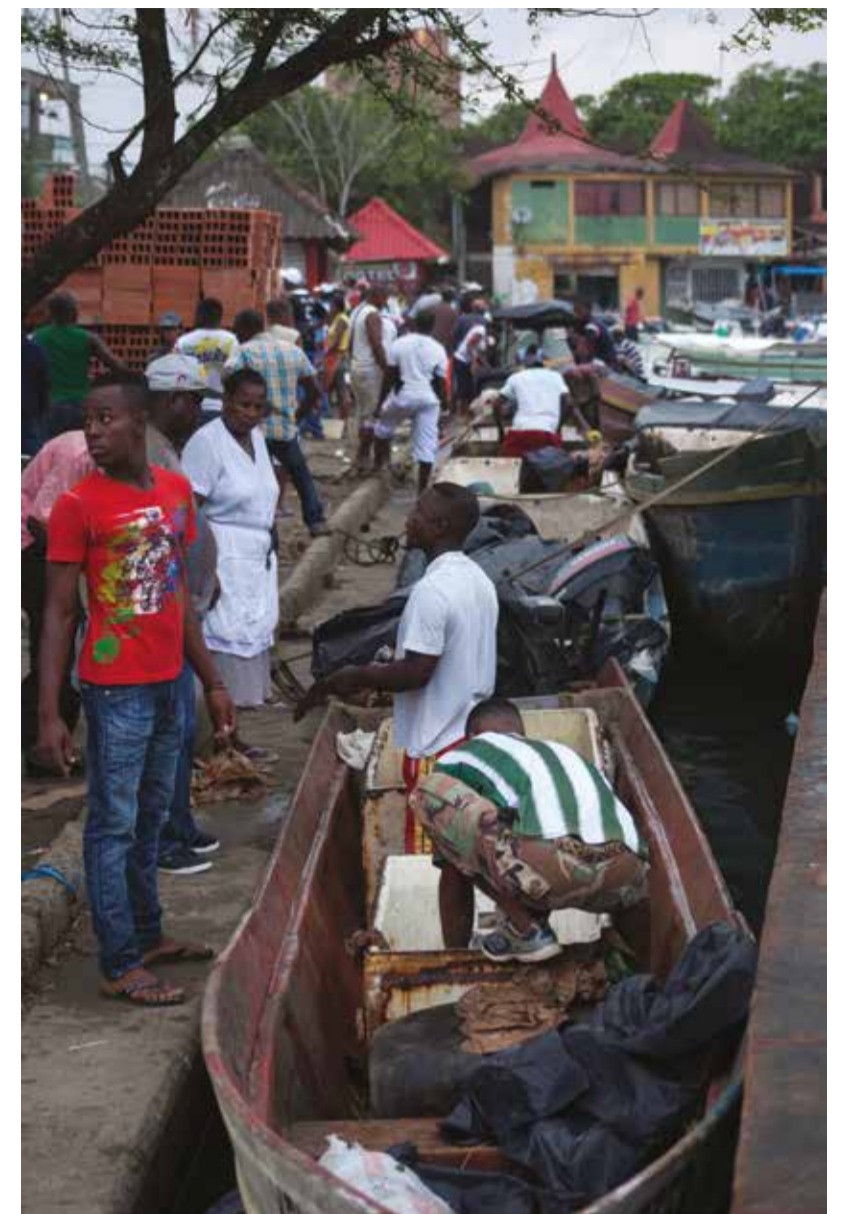
Hijo de Alberto I, Leopoldo III, nació en 1901. Él y Ernest Hemingway eran contemporáneos. Mientras el escritor de Illinois puso término a su existencia en 1961 (casualmente, el año en que Patrice Lumumba fue asesinado), Leopoldo llegó a los 82: murió apaciblemente en su castillo de Laeken. Quizás en aquellas tardes de comienzos de 1956 en Turbo, sobrellevando con buen ánimo las penurias del clima y la sevicia del jején, Leopoldo sospechaba que moriría dulcemente, en su castillo de Bruselas, como les había ocurrido a sus ancestros. Así fue.

En su temperamento había un don acomodaticio, una liviandad que lo llevó a ordenar a su pueblo depone las armas ante la invasión alemana en la Segunda Guerra Mundial, y más tarde, en 1951, a abdicar en favor de su hijo Balduino. Era este Balduino quien gobernaba Bélgica cuando ejecutaron a Lumumba.

Leopoldo se tomaba la vida con carácter deportivo. Por su actitud pasiva ante la agresión alemana fue tachado de traidor. El gobierno se fue al exilio en Inglaterra y él permaneció en su palacio como un prisionero ilustre de los alemanes. Luego de la guerra el país se dividió entre partidarios y detractores de Leopoldo III. Acostumbrado a huirle a las grandes disuntivas Leopoldo dejó la corona a su hijo que recién cumplía la mayoría de edad. Entonces, como Hemingway, se dedicó a los viajes por geografías exóticas, a la pesca mar afuera, a la caza de bestias desconuales.

No pudo cazar su anhelado tigre en las selvas de Urabá. Rojas Pinilla se puso pesado y coartó las ilusiones aventureras de Leopoldo. Mientras Hemingway pescaba un monstruo del mar, Leopoldo tuvo que contentarse, según los cronistas, con los restos de dos gures que él ni siquiera había cazado.

Se amañaba en estas tierras. Al parecer tenía una piel resistente al jején, como la concha de los armadillos que se llevó a Bélgica. Pero es que así eran los colonialistas. Exploradores, soldados, agentes comerciales, eran gente contumaz. Endiabladamente metalizada. Es cierto que el paludismo hizo de las suyas entre sus hueses. Sin embargo, se sobrepusieron a las plagas y fundaron sus imperios de ultramar. A la postre, burlaron al jején.



V

Me quedo diez días en Uveros y regreso a Medellín vía Turbo. En Turbo me quedo veinticuatro horas saludando familiares. Me hospedo en el estadero de una tía. Tiene piezas para turistas. Una cama de cemento con su colchón y su almohada, un cuartito de baño interno, ventilador de aspas en el cielorraso, foco, espejo, mesa.

En la tarde visito la biblioteca municipal y me entretengo leyendo *El viejo y el mar*.

Me pregunto por qué Hemingway se empeñaba en demostrar la superioridad del hombre sobre el pez, por qué Leopoldo anhelaba cazar un tigre en el Darién. Y reflexiono que el ario en las selvas vírgenes nos remite a Tarzán. Hemingway y Leopoldo tenían algo de Rey de los Monos. Causaban sensación entre los animales y las tribus de la jungla. Como a Tarzán, los adoptaban y los trataban con mimos.

La expectativa de la llegada de Leopoldo llevó al paroxismo a los nativos de Turbo, que lo aguardaban con ansiedad, entretejiendo la espera con esa ingenua fantasía propia de las razas dominadas. Le dedicaron festejos, versos y canciones. Siendo un rey depuesto, lo trataron como un rey en propiedad.

Tal vez no sabían nada de la dudosa imagen de Leopoldo en su propio país, donde se le culpó de colaboracionista con el régimen nazi. Tal vez no sabían nada de la explotación del Congo (que entre 1971 y 1977 se llamó Zaire) y de la muerte de Patrice Lumumba. Tal vez olvidaban que, mientras algunos no tienen un pedazo de tierra en que morir, un solo hombre puede poseer una extensión de tierra del tamaño de un país, como fue el caso de Leopoldo II con el llamado Estado Libre del Congo. Olvidaban que el apuesto y gentil Tarzán acaba reintegrándose a la civilización, dejando la jungla librada a su propio destino. Que su rutilante paso por la selva es una suerte de capricho de un ser acostumbrado a ser mimado. ☺



Subasta de arte
para una expedición corriente

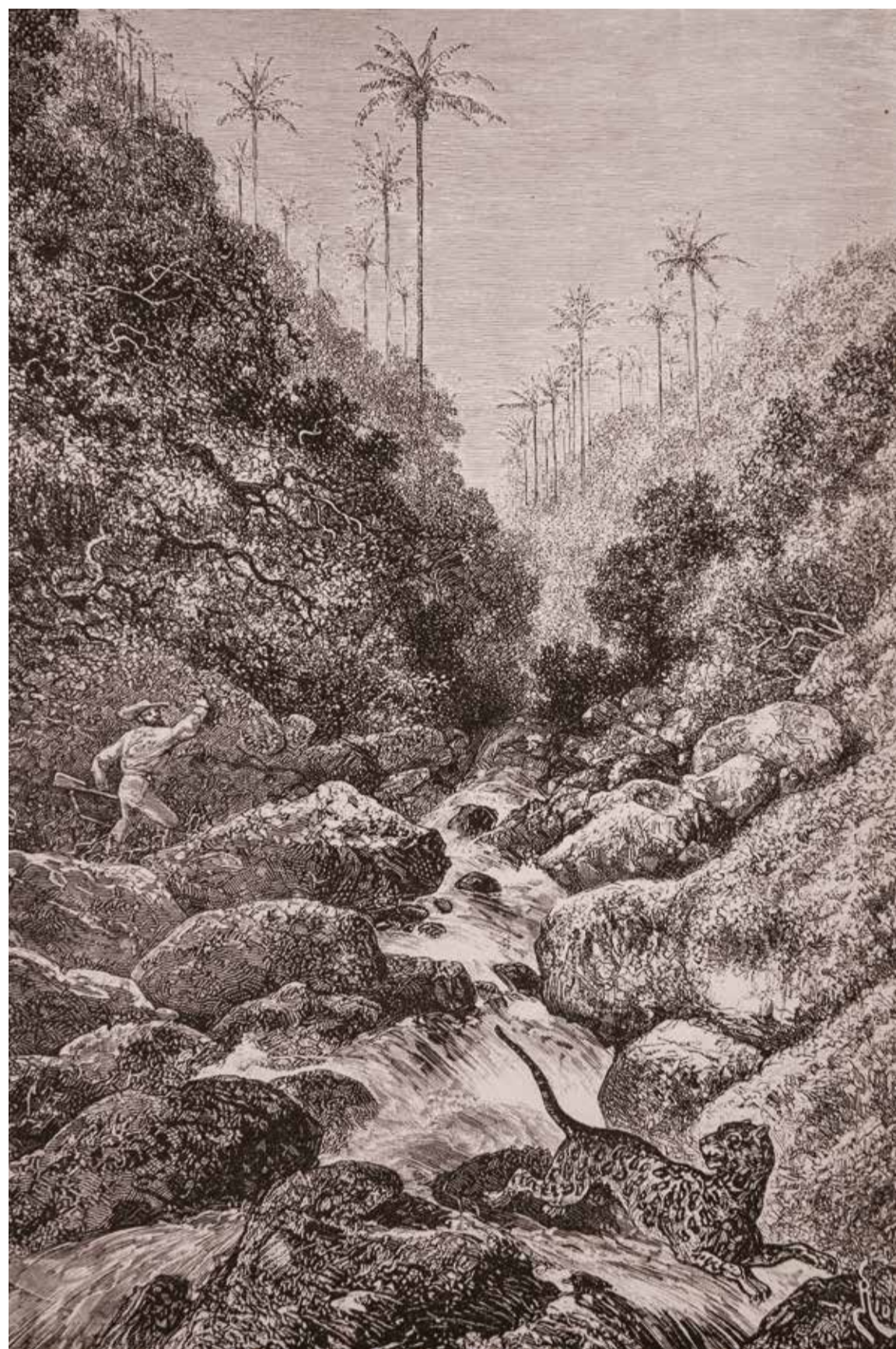
OBRAS DE ARTISTAS EMERGENTES, SUMERGENTES Y FLOTANTES

Martillo: Sergio Valencia
Jueves 30 de Junio
La Pascasia, Carrera 42#46-46
8:00 pm (Las puertas se abrirán desde las 4:00 pm)

La Pascasia



LA ILUSTRE TRAVESÍA



Cacería de jaguar en el Quindío, dibujo de Riou, 1876.

por CAMILO ALZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales

1 El barón Alexander von Humboldt la cabeza le daba vueltas de la dicha. Era 4 de junio de 1799 y a punto de zarpar de La Coruña en la fragata Pizarro, escribió a su amigo Freiesleben: “¡Qué tesoro de observaciones voy a poder hacer para enriquecer mi trabajo sobre la construcción de la tierra! ¡El hombre debe querer hacer lo bueno y lo grande! El resto depende del destino”.

Su itinerario incluía el puerto de La Habana, Cartagena, el brinco al Pacífico por México, visita al Perú y un regreso a Europa vía Oriente, previa escala en las Filipinas. Aquel modesto proyecto científico contemplaba nada más que el estudio de “la física del mundo, la composición del globo, el análisis del aire, la fisiología de los animales y las plantas (...) las relaciones generales que vinculan a los seres organizados con la naturaleza inanimada”. Así se lo confió a Jerome Lalande en una carta desde Cumaná (Venezuela), fechada en diciembre del año de partida.

Pero el destino, o mejor las circunstancias políticas del siglo XIX, enredaron la ruta que seguiría a Lima por tierra. Los británicos sostenían una guerra contra España y sus piratas obligaron a posponer el viaje a México. Humboldt aprovechó para tomar una chalupa aguas arriba del Orinoco y el Río Negro, traspasando la línea del ecuador hasta llegar a regiones amazónicas que nunca habían sido visitadas por europeos. Contrajo dolencias reumáticas por dormir sobre el piso húmedo de la selva, tan espesa que hacía en mano “el hombre más robusto apenas podría franquear una milla francesa en veinte días”. Estuvo a punto de que se lo comieran los jaguares y los cocodrilos —o eso decía en cada carta—, y sobrevivió de milagro, un Domingo de Ramos, al asalto de una cuadrilla de negros cimarrones cerca de Cartagena de Indias.

Ninguno de aquellos reveses disminuía la alegría y el deleite que le prodigaban al joven sabio los paisajes equinociales. Hinchado de placer, quizá con candidez, le comunicó al barón de Forell:

—¡Dios! ¡Qué país posee el rey católico, qué porte majestuoso de las plantas, qué pájaros, qué cimas cubiertas de nieve!

En octubre de 1801, habiéndose solazado a gusto en los salones bogotanos varios meses, con miles de plantas dibujadas y unos baúles repletos de rocas, muestras minerales, barómetros, piezas arqueológicas e infinidad de curiosidades científicas más, Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland dejaron lejos la sabana fría de la capital de la Nueva Granada y franquearon el Magdalena, aproximándose a los desfiladeros del antiguo país de los pijaos. Querían cruzar al borde occidental de los Andes por el paso del Quindío. Parece que nadie les advirtió que debían proveerse sus propias hojas de bijao para armar chozas que les protegieran de los aguaceros vespertinos, ni que tampoco había modo de portear carga sino “a lomos de hombre”, pues los bueyes se atascaban en cualquier cuneta. No les contaron de los guaduales al lado contrario, esos interminables bosques de bambú gigantesco se interponían minando de espigas el camino durante muchas leguas. Humboldt creyó que en Santafé fanfarroneaban cuando le pintaron un tremedal espantoso cuyas paredes se cerraban como socavones, las ramas y matorrales tapando el cielo.

El del Quindío era más una cueva que un camino, más una chorrera de fango que un sendero. Un cruce para separar un país, no para unirlo.

“Mi querido hermano”, escribió a casa desde Perú corriendo noviembre de 1802, “llegamos atravesando las nieves del Quindío y del Tolima (...) dado que el tiempo fue muy bueno, no pasamos más que 17 días en esas soledades (...) hay pantanos donde se mete uno hasta la rodilla (...) los últimos días llovió a cántaros, nuestras botas se nos pudrieron en las piernas y llegamos con los pies desnudos y cubiertos de lastimaduras a Cartago”.

El sabio alemán quedó fuertemente impresionado con la travesía, tanto, que le dedicó un capítulo completo y la quinta lámina de su obra *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, junto al Chimborazo, el Cotopaxi, la gran plaza de México o la pirámide de Cholula. Sospecho que Humboldt

seguía un poco atolondrado por la penosa caminata, toda vez que sentenció que el cruce del Quindío era “el más difícil de los que se encuentran en la cordillera de los Andes”.

Exageraba; había algunos peores. Sucede que hasta acá el barón andaba de paseo.

2 Ocurrió en 1553. Melchor Valdez, español con vecindad en Ibagué, reunió peones y obligó a los indios a arañar la selva guiándose por el curso del río Coello, al que arriba le dicen Toche, Tochesito y finalmente Romerales. Cuando comenzaron a transitar las primeras caravanas que del Magdalena pretendían cruzar al Valle del Cauca, aquella ruta acabó convertida en un barrizal pavoroso, un zigzag vomitado por el cañón de la montaña, cuyas pendientes se empinan con facilidad setenta grados.

Por la vertiente opuesta, la del Cauca, el tormento comenzaba cerca de Cartago Viejo (hoy Pereira), sorteando colinas de robledales americanos, bosques andinos y marañas de guadua, vadeando corrientes que todavía no tenían nombre (ahora son Consota, Barbas, río Roble) hasta caer de repente al recodo de Boquía, la ribera del río Quindío donde el presidente Pedro Alcántara Herrán implantó una colonia penal a mediados del siglo XIX con el objeto de que los convictos efectuaran labores de mantenimiento del camino. En aquel punto empieza el ascenso propiamente dicho, 25 kilómetros escalando una cuchilla de la cordillera. Años más tarde los antioqueños levantaron cerca la población de Salento. El camino trepaba con la divisa al costado izquierdo del conocido Valle del Cocora, hoy cliché del turismo natural en Colombia.

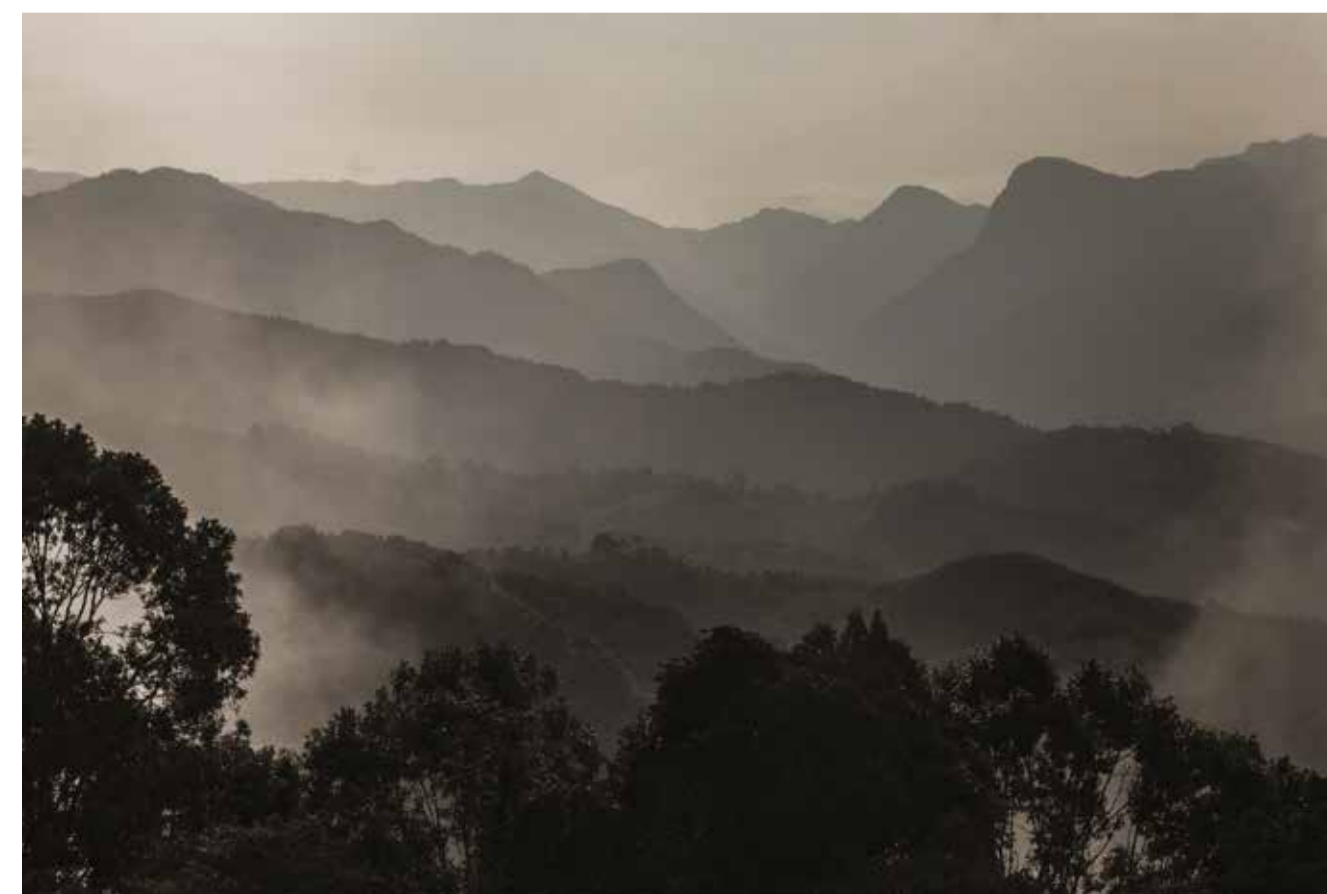
Ambas vertientes conducen al Boquerón del Quindío, una depresión de la cordillera que no posee sino 3.360 metros sobre el nivel del mar, insignificante junto a los nevados vecinos por el norte: Tolima, Santa Isabel y el Ruíz, tres colosos de cinco mil metros.

Yo no soy, no fui ni seré nunca uno de los viajeros ilustres que cruzaron por aquí. Soy uno que cruzó aquella monstruosidad pedaleando 90 kilómetros en solitario durante siete horas, montado en los quince kilos de una Diamondback Ascent azul, modelo 93, con poco más que chocolatinas y agua en la caramañola.

Quería sufrir, por supuesto, como todos los famosos que pasaron antes.

3 La devoción por el sufrimiento es una seña de identidad colombiana, fuerte como el orgullo con nuestro atraso. Adoramos esos melodramas de compatriotas que crecieron en pueblos donde no había electricidad o tenían que caminar cinco horas a la escuela, pero sobresalieron por el motivo que fuera en la ciencia, el deporte, la música. Una épica del subdesarrollo.

Desde tiempos coloniales la aspiración centralista de conformar un territorio unificado supone un prolongado y doloroso esfuerzo, ese sendero torturante que suele abatirse derrotado por tragadales y guerras civiles. En 1928 una línea de ferrocarril buscó conectar al Valle del Cauca y al eje cafetero con Bogotá. Se estiró hasta Boquía al pie de la cordillera, pero el proyecto —sujeto a la millonaria indemnización que los norteamericanos pagaron por Panamá— quedó eternamente abandonado y los rieles jamás pudieron empinarse al Boquerón, por donde aún seguían transitando muladas con café, cacao, maíz, tabaco, arroz y viajeros de ambos lados. No fue sino hasta 1930 que Colombia tuvo una vía carretable cruzando su cordillera central en el Alto de la Línea (3.265 metros), apenas pocos kilómetros al sur del antiguo Paso del Quindío. La





carretera aprovecha la misma depresión geográfica, trazando una culebra estrecha de curvas y pendientes infernales donde jadea una eterna procesión de tractomulas. Cualquier Renault 4 varado es capaz de atascar el tráfico de Bogotá hacia medio país.

Sufrimiento y atraso son redentores de la nación colombiana. No en vano, durante la república se bautizó por decreto al tormentoso paso del Quindío con un nombre iluminado: el Camino Nacional. Quienes lo emprendían acostumbraban legar testamento antes y su travesía demoraba 25 días en condiciones ordinarias.

4

El botánico norteamericano Isaac Fawcett Holton estuvo parado en esta misma cumbre. Dijo encontrar un par de losas —ya no están— con inscripción del 24 de agosto de 1641, testimonio del paso de un tal Francisco Peñaranda. Holton no entendió por qué atravesaba una cordillera completa sin hallar ni un risco en la ruta: todo el trecho estaba cubierto de vegetación frondosa. Conforme trepaba la notó negra y apretujada, igual que hoy en los tramos donde la colonización no alcanzó a penetrar.

Los caminantes experimentaban la transición espartana de la aridez caliente del Magdalena a unas selvas cada vez más lluviosas. La vegetación jamás desaparecía con la altura, pues no se subía al límite de los cuatro mil metros, donde árboles y arbustos ceden ante los pajonales. Una espesura que no afloja, solo cambia de color y de tamaño, opaca, achaparrada, húmeda. El sabio francés Jean Baptiste Boussingault hizo la travesía durante 1827 por senderos “tan estrechos, profundos y cerrados, que en ciertos sitios uno hubiera creído estar en la galería de una mina” soportando a diario “esos aguaceros que solamente conocen quienes han viajado por las regiones ardientes del Ecuador”, aunque en lo alto hay madrugadas que el termómetro se aproxima a cero. Boussingault aseguró haber encontrado un porteador agonizante que sus compañeros sepultaron vivo al borde del lodazal, y numerosas cruces indicando el punto donde yacían marchitos caminantes.

5

No seré nunca un viajero ilustre. Pero aguanté el barro subiéndolo en soledad muchas horas. Una camioneta bajando pimplas de leche y dos campesinos en moto me daban ánimos. Nada más. Luego la vía rural de 45 kilómetros de Salento a Toche —tierra con balastro revuelto— siguiendo la estela del Camino Nacional se cobijó entre pineras desoladas. A cinco kilómetros de la cima la carretera da volteretas por pastos que

no existían cuando Humboldt caminó acá; el barón se maravillaría ante nuestras vacas equinocciales que no ruedan desnudadas por los potreros, auténticos abismos con pastizales.

Casi todos los famosos que atravesaron el Quindío llamaron la atención sobre el oficio de carguero o silletero, unos poderosos *sherpas* andinos que echaban a su espalda otro hombre recostado en una silla de bambú. Si alguien olvidó los cargueros, todos —sin excepción— quedaron sorprendidos con las palmas de cera. El naturalista Édouard André las dibuja como fondo en sus paisajes de la región, especialmente en uno de 1869, *Les palmiers à cire du Quindío*: minúsculos jinetes se encaraman al cañón del río Toche, rumbo al cruce de la cordillera por una hilera de palmares. Los botánicos de la época llegaron a considerarlas los árboles más altos sobre la tierra. Miles, alardeando una silueta tórrida y tropical que impugna el paisaje oscuro y paramuno de los altos Andes; una postal de playa al borde de las nieves perpetuas.

Aunque yo no sea más que un ciclista asfixiado de manos engarrotadas, el Boquerón del Quindío me hace honores entre palmeras, como recibí a sus visitantes más ilustres: arrojando una criminal llovizna y un ventarrón de mil demonios que no dejan ver mayor cosa, ni siquiera los canalones de la antigua trocha marcados en los potreros.

Todavía no es mediodía. De improviso me atacan unos cólicos tan antiguos que parecen anteriores a la Colonia; calculo que podré detenerme un instante a solucionarlos. Tiro la bicicleta y me acurruco en este boquete angosto partiendo el lomo de la cordillera. No dejo de pensar que fue durante cuatro siglos la vía corriente de la capital al Pacífico. Hoy permanece abandonada, solo transitan los finqueros de la región. Acá tuvieron que andar y sufrir —y morir de hipotermia— miles de esclavos que de Cartagena fueron transportados Magdalena arriba para cruzar a las haciendas del Valle del Cauca. Después el estrecho Boquerón vio correr millones de onzas de oro desde las minas del Chocó en ruta inversa hacia los puertos del Caribe. En este sitio se atascaron las tropas del libertador cuando retornaban del Perú y muchos de los viajeros que a lo largo de cuatrocientos años quisieron ir de Bogotá a Quito, de Caracas a Popayán, de Cartagena a Pasto.

Estoy acucillado, dejando mi rastro sobre una encrucijada de la historia patria y no hay nada, solo la llovizna en la cresta del matorral. No hay vestigio o monumento. El vestigio soy yo en la temeridad solitaria, desafiando esta cordillera colosal con mis propias fuerzas, sometido a la inclemencia que castigó a sus visitantes anteriores. La tempestad me atrapa en la cima, donde todos los ilustres lanzaron maldiciones. Uno puede, digamos, pasear aquellas esquinas del París de la revolución, compartir el bazar donde Mahoma comió dátiles, o visitar esa calle que acogió a Cortés y Moctezuma saludándose, pero aquellos lugares no reproducen la experiencia, no nos igualan con sus protagonistas anteriores. Hay sitios que rebosando historia jamás lograrán revivirla. Acá sucede al revés: se saborea el barrizal milenario.

Sufriendo el camino del Quindío, casi escuché la voz de Simón Bolívar regresando de sus campañas del sur. Consiguí la cumbre, frené el caballo y desmonté con torpeza. Cuentan que esperó, mirando lo andado a sus espaldas. De pronto, refiriéndose al Valle del Cauca, señaló y dijo:

—Ni los campos de la Toscana son tan bellos. ¡Este valle es el Jardín de la América!

Como en tantas cosas, el libertador vivía equivocado. No podía divisar el Valle del Cauca pues se interpone de frente la hoya del río La Vieja, su tributario más importante. De cualquier modo la niebla le hubiera tapado la vista. Y el hambre y el frío horripilante y la llovizna y los cólicos republicanos y el afán de pegar una descolgada de cara al viento, abajo, rápido hacia Toche, ese caserío que fue otra colonia penal donde aún existen arrieros con mulas, rejos y aperos en cuero. Me tiro al descenso de treinta kilómetros antes de congelarme, sin ver nada.

Y aunque pudiera admirar aquel jardín de América, no lo haría. El libertador mintió. Sé que los hay más bellos. ©



Clásicos de la Cortina

Hasta comienzos de los años ochenta fue frecuente la presencia de clubes y selecciones procedentes de Europa Oriental en el gramado del Atanasio Girardot. A comienzo del año, luego de las extenuantes pretemporadas de acondicionamiento físico que realizaban los equipos del otro lado de la llamada Cortina de Hierro tras el descanso decembrino, se programaban en la ciudad partidos amistosos que prometían un reparto inesperado por estas mangas. Durante la pausa de los torneos europeos por la dureza del invierno, muchos clubes emprendían giras americanas: los bajos costos en hospedaje y alimentación, y la necesidad de mantenerse en actividad permitían ver a algunos grandes desconocidos en nuestros estadios.

Para los aficionados constituía una novedad observar el fútbol de esos equipos de juego colectivo, vertical, a un toque y de gran despliegue físico. Llamaba la atención la corpulencia de los jugadores, en especial de los arqueros, su piel blanca y hasta la forma de calentar. Era un duro reto para los locales enfrentar la dinámica y fortaleza de los europeos. Más difícil aún para locutores y comentaristas la complicadísima pronunciación de aquellos apellidos llenos de consonantes.

Górník, de Polonia; Sarajevo, Estrella Roja y Partizán, de Yugoslavia; Spartak Trnava, Bohemians y Kosice, de Checoslovaquia; Újpesti y Ferencvaros, de Hungría; son los nombres de los clubes más importantes que pisaron el gramado del máximo coliseo de la capital paisa.

Algunos integrantes de esos planteles, que disputaron vibrantes partidos en nuestra ciudad, tuvieron años después destacadas actuaciones en torneos mundiales y Eurocopas, defendiendo la camiseta de sus selecciones. Es el caso del delantero polaco Andrzej Szarmach que vino con el Górník, jugó contra Medellín y Nacional, y le marcó un gol al cuadro verde en un intenso empate a dos; un par de años después, en el Mundial de Alemania 74, convirtió cinco goles: tres a Haití, uno a Argentina y uno a Italia. Cuatro años más tarde le marcó a Perú en Argentina 78 y volvió a convertir en España 82 nuevamente como verdugo de Perú.

El checoslovaco (aún no se había dividido el país en República Checa y Eslovaquia) Antonín Panenka anotó uno de los goles ante el Medellín en la paliza cuatro a cero que su club, el Bohemians, le

propinó al rojo de la montaña. Ese juego se realizó en febrero del 73. Tres años después, el bigotudo volante se convertiría en el gran protagonista de la final de la Eurocopa de Naciones 1976, disputada en territorio yugoslavo: tras empatar a dos goles en 120 minutos de juego ante Alemania y recurrir a la definición desde el punto penal, los checoslovacos se alzaron con el título con la impecable y sorprendente ejecución de Panenka picándole la pelota al portero germano Maier. Por primera vez en la historia de los torneos internacionales se definió desde el punto penal y un jugador se atrevió a semejante desplante. También en el Mundial de España 82, Panenka anotó contra Francia y contra Kuwait.

Por otro lado, los húngaros del campeón Ferencvaros superaron a Nacional por cuatro goles a dos en juego que tuvo como novedad el debut de los argentinos Navarro, Calics y Tito Gómez quienes serían durante varias temporadas figuras en el equipo verde.

Además de clubes también jugaron en el Atanasio seleccionados nacionales de esa Europa que intuíamos fría y filada tras el orden soviético. En gira preparatoria hacia el Mundial de Alemania 1974 pasó por nuestra ciudad la selección de Alemania Democrática. Durante su participación en el Mundial en territorio del oeste germano, su archirrival ideológico, la selección de la otra Alemania, dio una de las grandes sorpresas del torneo al derrotar por uno a cero a los liderados por el Káiser, Franz Beckenbauer. Además lograron clasificar a la segunda fase tras derrotar a Australia y empatar con Chile. En segunda ronda fueron superados por Holanda y Brasil y apenas lograron un empate ante Argentina. El público antioqueño pudo apreciar el juego recio y decidido de los germanos del este, rubios, corpulentos, de poco brillo. Más para el decatión que para el balón.

Como parte de su preparación hacia España 82 también pasó por la ciudad la selección de la Unión Soviética con dos de sus figuras más emblemáticas: el golero Rinat Dasaev y el delantero Igor Belanov. Dasaev, digno sucesor de la Araña Negra, se fue sin goles en contra, la URSS derrotó al Medellín por uno a cero. Su destacada trayectoria le alcanzaría, luego del Mundial en España, para jugar en México 86 y en Italia 90. Belanov, por su parte, fue uno de los mejores de su equipo anotando cuatro goles en la cita mexicana.

Dos juegos inolvidables

Con el asombroso marcador de seis a cinco concluyó el más emocionante partido que recuerden los aficionados que tuvieron la oportunidad de gozar los enfrentamientos internacionales de la época. Atlético Nacional y la selección húngara. El cuadro *magyar* realizaba gira por Suramérica como preparación para Argentina 78. Raúl Navarro, el recordado arquero argentino, vivió una de sus tardes más amargas luego de sacar media docena de veces la pelota de su red. Tampoco la pasaron bien los espigados defensores magiares: un zurdito diminuto y habilidoso los enloqueció con su exquisito manejo del balón. En sendos cobros de penal, el recio volante samario Eduardo Retat engañó al corpulento golero húngaro Sandor Gudjar. Cuatro meses después, en su participación en territorio gaucho, los europeos terminarían perdiendo sus tres juegos, disputados ante el local y ante Italia y Francia, siendo eliminados en primera ronda. Sin embargo su paso por el Atanasio dejó una inolvidable demostración de contundencia y vistoso juego colectivo.

La presencia de dos equipos yugoslavos en la ciudad permitió que protagonizaran un preliminar del tradicional clásico paisa, un partido digno de otras tierras, un fútbol que nos hacía soñar y correr a consultar el mapamundi. Sarajevo y Estrella Roja tras 90 minutos de intenso fútbol, digno de una final en territorio balcánico, terminaron empatando a tres. La expectativa de los aficionados por volver a presenciar el enfrentamiento entre rojos y verdes tras un año de ausencia del Medellín que se había ido a jugar a Barrancabermeja, se vio en buena medida opacada por el vibrante choque entre los dos conjuntos de la antigua Yugoslavia.

Hoy en día la presencia de equipos procedentes de esas latitudes es tan improbable y difícil como muy fácil le resulta al aficionado futbolero de hoy apreciar las ligas y los juegos de selecciones más inimaginables. Las transmisiones por televisión de los torneos europeos eran entonces muy limitadas, se sabía más de los clásicos Fátima-Nutibara que del Camp Nou y era casi imposible saber la alineación del Spartak de Viena. Países como Yugoslavia, la Unión Soviética y Checoslovaquia han desaparecido del panorama mundial. Son apenas un recuerdo en la historia. Y en la historia de la gramiella del Atanasio. ©



2009.

La casa de los negritos



2016.

por PAULA CAMILA O. LEMA

Fotografías por la autora y Anamaría Bedoya

dos del último cuarto. Cuando salen de la casa exhiben armas y granadas y municiones, pero los vecinos juran que no es cierto porque “¿uno con un fierro en la mano se va a dejar matar así?”.

Cuando llegan a hacer el levantamiento, a las cinco de la mañana, ya la familia ha sido interrogada, ya sabe de los otros muertos: varios en las casas de arriba, en una dos muy jóvenes, uno de ellos el único blanco, un muchacho del barrio de diecinueve años, qué pesar; otro más abajo después de que un vecino le echara dedo.

Se necesita la fuerza de cinco hombres para sacar a rastras al del primer cuarto. Mientras sacan a los otros algunos agentes hacen chistes, y la gente del barrio se agita cuando maltratan los cadáveres antes de meterlos en la camioneta, un brazo suelto en esa casa, otro en aquella. Los insultan “por indolentes y por hijueputas”, por “matones”.

Cuando se llevan los cuerpos, Patricia y Ramón lavan la casa, mientras un vecino le da aguardiente a don Aníbal para que las piernas dejen de temblarle. Como los vecinos de más arriba y los de más abajo, los hijos sacan colchones, almohadas, sábanas, ropa, objetos varios, y se dan cuenta de que se perdieron cosas: un radiecito Sony, un lapicero. Las mangueras arrastran sangre y tejidos que corren calle abajo por la cuneta.

A las ocho llega el primer medio de comunicación. Nadie da cara ni ofrece testimonio, pero Ramón bravea al periodista de un noticiero local por decir que estaban armados. La familia decide irse y no vuelve a la casa en más de una semana. Los medios rondan durante varios días pero en el barrio siempre los despachan: todavía se ven agentes detallando, preguntando. A la semana los llaman a indagatoria y ninguno dice más de lo necesario.

Cuando regresan, don Aníbal se encuentra en el solar la cédula de uno de los muertos y muchas boletas de casas de empeño. Lo quema todo. Viven aburridos en la casa, “quedó como lisiada”, quieren venderla. Hasta que la venden, en 1991. A mi mamá. Mi primera casa propia de mi mamá.

Esta historia ya la conté, aquí mismo, en 2009, en tercera persona porque alguien dijo que podía resultar muy anecdótica en primera, qué bobada. La niña soy yo y la mujer es mi mamá. Ella tenía treinta y yo cinco. Era amiga de Patricia y un día ella la llamó y le ofreció la casa de 120 metros en siete millones, pero mamá dijo que cinco y don Aníbal zanjó en cinco y medio. En la pared del último cuarto pinté una princesa rubia y un castillo y un bosquecito. Dormía en el del medio, siempre con la luz prendida, y si me daba chichí en la madrugada tenía que correr hasta donde mamá para que me acompañara.

En la versión que mamá contaba “los negritos” eran cinco y estaban en medias y calzoncillos. Nunca se topó un espanto, pero le parecía raro encontrar abiertas las celosías del último cuarto, se levantaba en mitad de la noche a verificar que la puerta del patio estuviera bien cerrada, y una médium que llevó vio barbas de viejo colonizando toda la casa. Escuchaba ruidos, las visitas le decían que escuchaban ruidos. Y se perdían cosas: una cadenita de oro, unos cuadernos.

Dos años después mamá vendió la casa por poco más del doble, y al mes aprendí a dormir con la luz apagada. No supe la historia hasta muchos años después.

Cuando volví, en 2009, los vecinos que quedaban se extendieron en los detalles. Era miércoles 12 de julio de 1989. Los negritos —el blanco quién sabe, ninguno lo confirmó— eran de una banda de sicarios que esa noche había atentado contra un concejal de la UP, Gonzalo Álvarez Henao. El concejal no estaba en su casa en Pedregal, la vigilancia se había reforzado, justo pasaba por ahí una escuadra de la policía. Hubo tiroteo, persecución, otro tiroteo en la tercera casa de la calle 23A —cuartel de los tipos desde hacía un par de meses—, y desenlace en las dos, tres, cuatro casas de la 23 por cuyos tejados trataron de escapar.

Leí lo que dijeron los periódicos. Casi todos citaron la misma anécdota del concejal: “Mis antenitas del Chapulín Colorado me avisaron”. Informaron que los muertos habían sido diez, dos eran policías activos, tres lo habían sido y todos eran de origen choicano menos el vecino blanco. Una revista nacional dijo que “en un espectacular episodio [la Policía] le madrugó a los sicarios y en una confrontación de características cinematográficas dio de baja a diez de los implicados”. Y el concejal, contra quien habían atentado antes varias veces, le atribuyó su buena suerte a las medallitas de la virgen que le había regalado una colega. También reportaron que esa noche otro policía —retirado— fue encontrado asesinado en su carro no muy lejos de allí, y especularon que la banda podía estar involucrada en los asesinatos de otros líderes de la UP perpetrados ese año en Antioquia. El “Baile Rojo” que había empezado en el 86. El exterminio. Y Pablo Escobar en la fuga. Ese año, en enero, fue la masacre de La Rochela. Luego vendrían el magnicidio de Galán y las bombas en *El Espectador*, en el avión de Avianca y en el DAS. “El año premiado”.

Cuando volví, en 2009, las casas seguían siendo casi todas iguales, con techos a dos aguas y antejardines. Todavía hacían una misa anual en mitad de cuadra por el descanso de los muertos, y el antejardín de esa primera casa era el mismo peladero. A la hermana de la dueña anterior la habían matado dos casas más abajo, borracha y amanecida, y la casa había pasado a manos de un señor al que le habían matado un hermano por equivocación años atrás. El señor la había convertido en una maquila con galpón al fondo donde unas treinta mujeres confeccionaban vestidos para Americanino. Las mujeres no dijeron nada de espantos, aunque estuvieron ahí durante doce años, según me entero en la que probablemente sea mi última visita.

Esta vez voy con S., un pariente que es la personificación de la bondad y tal vez por eso mismo puede sentir los rezagos que ciertos eventos dejan en el aire, amén de otras cosas que el lector difícilmente creería. Me demoro un rato para reconocer la casa. El antejardín es de cemento y las escaleras inconclusas que había visto la última vez llevan al balcón del segundo piso. Confirmando que es la casa cuando una vecina de entonces sale de la suya en pijama, me saluda con afecto y me presenta a la señora que hace unos cuatro años vive allí, con el esposo, un hijo, la nuera, dos nietos. En el segundo piso, construido hace tres años, vive otra familia. La mitad de las casas del vecindario ya tienen dos, tres, cuatro pisos.

Doña Caridad, la señora, es morena y robusta, el pelo crespo y corto salpicado de canas. Nos deja entrar, nos ofrece jugo, tinto. La división es distinta: la cocina donde antes estaba el patio, el patio medio cubierto donde antes estaba el solar. La señora trabaja en confecciones y limpiando casas al sur de Medellín, y como tiene que atravesar la ciudad la familia ha pensado en irse, pero por lo demás viven amañados ahí y el arriendo es sospechosamente barato —450 mil pesos—. La señora no sabe de los muertos, nunca ha sentido un espanto, pero ahora dice que debe ser por eso que a veces se le pierden cosas: un trapo, un uniforme de diario.

Al salir, S. me dice que los negritos ya no están en la casa pero que en ella vivió una señora a la que cascaban con saña y frecuencia y su miedo quedó impregnado en las paredes. Ya casi alcanzo la edad que tenía mamá cuando compró la casa, vivo sin ella en una casa ajena, sin ruidos raros, y a veces me levanto en mitad de la noche a verificar que la puerta esté bien cerrada. Mis abuelos ya murieron, me quedan poquitos recuerdos de la infancia, conozco mil historias de masacres. Y ya no creo en fantasmas. Creo que es tiempo de dejar descansar a esos muertos. ☺

Aún no es medianoche y en la casa ya todos están dormidos. El padre, un hijo, la hija y la nieta; el menor no porque esa noche tiene turno en la fábrica. El del medio, Ramón, se levanta para ir al baño y escucha un ruido *in crescendo*: los pasos de los hombres que huyen por los tejados, el corroteo del centenar de agentes de la ley que se derrama por la estrecha calle, franqueada por casitas casi todas iguales con techos a dos aguas y antejardines: calle 23 del Barrio Nuevo: donde termina Medellín, donde comienza Bello.

La bulla lo despierta a todos. Reunidos en la sala, escuchan las ráfagas, los gritos de los agentes. Las tejas del patio crujen, y por la puerta abierta para que

Yayita, la perrita, pueda salir a cagar, entran uno, dos, tres. Con las luces todavía apagadas, Patricia, la hija, ve primero las escleróticas y después los ve a ellos: negros, grandes, en bermudas o pantaloneta o jeans. Se les va encima, les pregunta qué hacen ahí; Ramón saca un machete. Pero uno le dice que no están armados: “Tranquilo llave que el que nada debe nada teme”, y otro pregunta por dónde pueden salir. Yayita les ladra tanto que tienen que encerrarla en el baño.

Afuera truenan las balas, una muy cerca, en el tejado otro crujido y por la cocina entra arrastrándose el cuarto, los borbotones bien audibles, en el piso una espesura tibia que el padre y los hijos sienten en los pies descalzos al moverse por la casa a oscuras. El hombre

repta hasta la primera habitación, afuera un agente grita “ahí cayó uno”, otro golpea: “Abren o tumbamos la puerta”. Los extraños buscan escondite y el herido se lamenta bajo la cama.

Cuando don Aníbal abre, diez cañones lo apuntan y un agente le pregunta por los integrantes de la familia. Los sacan de la casa y los obligan a esperar en la acera de enfrente, los agentes entran y cierran la puerta, se escucha “un voleo’e fierro ahí en un momentico”. Algún vecino novelero oye al herido llamar a un agente por su apellido, pedirle que no lo mate, que no lo deje matar, y él no lo hace pero el que va detrás suyo sí. Hacén lo mismo con el que está en la habitación del medio, vuelven a salir, alguien dice “no eran dos sino cuatro...”, entran otra vez y acribillan a los

Ven a recordar los sabores de la infancia
Ven a bailar milonga y salsa

Te invitamos a
Patiumuseo

¡Redescubre la magia del centro y ven a probar el sabor del Museo!

MUSEO DE ANTIOQUIA | CÍRCULO DEL MUSEO

Sábado 9 de julio. 11:00 a.m. a 5:00 p.m.
Museo de Antioquia



“Yo sé que ustedes son niños, pero tienen que asumirlo desde ya y decir: ‘Ma, lléveme, lléveme pa ser responsable con el equipo’”. Antes del calentamiento —salto de payaso, salto de tijera, estiramiento, fondo, trote— siempre hacen una oración. Abrazados en círculo repiten frase por frase la plegaria de Carlos o la de algún compañero: “Gracias a Dios por toda la comida, te pido que el domingo ganemos el partido, gracias por librarnos de todas las lesiones”.



El libro **De ida y vuelta** fue escrito y editado por Universo Centro para la Liga Antioqueña de Fútbol en sus 85 años.



Puntos de venta:
Liga Antioqueña de Fútbol / Calle 50 No. 71-201
Bar El Guanábano / Carrera 43 No. 53-21
Grammata Textos / Calle 49B No. 75-33



ADICTOS A LAS PASTAS

William Martínez, de Musicales La Bastilla, el dealer.

por DON ALIRIO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Cuando mi madre conoce una persona lo primero que hace es grabarse en la memoria su nombre. Una de esas personas fue Rubén, un joven delgado con cara de pillo, el pelo tinturado por el Dioxigen, vendedor de plátanos y bailarín especializado de champeta. Rubén, según mi madre, vendía unos plátanos con los que se podían hacer los mejores patacones. Aparecía un miércoles, un viernes o un sábado en mi casa, mientras mi madre le ofrecía un tinto, un jugo o un vaso de agua. Generalmente los sábados muy temprano, don Andrés Pino ponía a sonar El Implacable, su picó, (*Sound System* de origen jamaicano decorado con una serie de dibujos apabullantes y una buena cantidad de parlantes) a ritmo de calipso, *soukous*, *rocksteady* y un sinfín de sabrosuras africanas que agruparon bajo el término “champeta africana”. Ahí Rubén demostraba sus dotes de baile sin la más mínima represión, con muchas ganas, como si la banda sonora ideal acompañara un buen momento de su día a día.

Por otro lado estaba yo, encerrado en mi habitación escuchando sagradamente Arriba Caribeño, un programa de radio del AM conducido por el Chino Higuera. Durante ese espacio solo se programaba música picotera y se anunciaban las verbenas bailables del fin de

semana y nuevas producciones afroantillanas y del Caribe en general. También avisaban la llegada a Barranquilla de un nuevo disco, un exclusivo, una pepa fina, una joya, quién había sido su comprador, cuánto había pagado por ella y cuándo sería la fecha del estreno.

Un día, Higuera dio a conocer a sus radioescuchas que el señor Alex Alemán, propietario de El Timbalero, uno de los picós más emblemáticos de la Costa Atlántica, acababa de adquirir un tesoro traído de Surinam interpretado por una agrupación llamada Traffassi. El tema se llamaba *Jawaani* pero ese mismo día lo rebautizaron con el nombre de El Geovany, por el coro que repite la canción. Mi entusiasmo por escucharla era absurdo. Hablé con varios de mis amigos de adolescencia y quedamos en ir a ese estreno sonoro en El Bosque, uno de los barrios más peligrosos de Barranquilla. A kilómetros de distancia se sentía cómo vibraba la música, nos íbamos acercando y la emoción palpitaba. Llegamos y el sitio era un hervidero, un baile popular repleto de valijas de todas las especies; daba miedo, pero las ganas de escuchar semejante pieza eran más fuertes. A pocos metros de donde nos paramos había unos manes que se acercaron, sacaron sus navajas y me dijeron: “¡Perdiste pelo! ¡Te bajas ya de todo lo que tengas!”. Eso incluía unas zapatillas

Puma que me habían traído de “Layunai”, como le decían a los Estados Unidos por esa época en Barranquilla. Le dije a mi amigo: “Socio, yo no quiero entregar esos pisos, son demasiado bonitos y para volver a tenerlos tocaré esperar a que me los regale Mandrake”. De repente, de la nada, alguien con voz de mando se acercó y dijo: “¡Este man me lo toca nadie! ¡Este man es invitado mío!”; era Ruben, el joven vendedor de plátanos que tanto aprecio le tenía a mi mamá.

A partir de ese momento mi entrada a las verbenas más cotizadas y peligrosas fue libre, disfruté de esa irresistible orgía percusiva y nerviosa que producían los discos africanos sin intenciones comerciales, con un sonido depurado que provocaba bailar y bailar. Era la época dorada de los vinilos, la más arriesgada y dificultosa, la de los pantalones slacks y el aprendizaje a punta de oído. Esa noche conocí a la santísima trinidad del coleccionismo verbenero y salsero: Alex Alemán, Alfonso ‘Petardo’ Durán y el recientemente fallecido Luis Meza, más conocido como “Lucho, el que sabe mucho”. En la cabina era prácticamente imposible moverse, más de quince mil vinilos de sonido afroantillano en su forma más tribal, canciones que en ese momento solo sonaban en funerales en Mali, en reuniones bélicas kenianas o en emisoras magrebies

de onda corta, pero que podían hacer bailar hasta el más tieso.

Los tics sonoros se regaron entre el polvo, los repertorios programados eran cada vez más gozosos y trenzados en una polirritmia desafiante convertida en batalla, en disputas con un único objetivo: tener los discos más interesantes y poderosos, y que al mismo tiempo llevaran la etiqueta de exclusividad.

Muchas de esas joyas llegaron procedentes de Zaire (actual República Democrática del Congo), Nigeria, Kenia, Sudáfrica y las Antillas. Algunas fueron traídas por Osman Torregrosa y otras por Donald García. El mismo Torregrosa cuenta cómo conseguía dos elefés iguales, destruía con pintura la cara A para venderle la cara B a un coleccionista, y a la otra copia le dañaba la cara B para venderla a otro con el lado A. Los *labels* de cada acetato eran rayados con el firme propósito de que nadie supiera quién lo interpretaba y cuál era el nombre original de la canción. Luego eran marcados con un nombre criollo creado a partir de cualquier cosa que sonara cercana, generalmente, repetida en el coro. Un claro ejemplo de eso era la canción *Musa Ukungilandela*, de Juluka Band, de Sudáfrica, cuyo coro dice “¡Trouble Trouble!” y en el mundo picotero la rebautizaron como *¡Chavo Chavo!*. Igual pasó con *La mecedora*, *El terminator*, *El sacapunta*,

La bruja, *El enano*, *La niña Mencha*, *El búfalo*... Apenas fue con la llegada de internet que muchos de esos discos fueron reconocidos oficialmente a través de YouTube, sin embargo, aún son muy difíciles de conseguir y podría decirse que son los más caros. Ni siquiera en el continente negro es posible encontrarlos, algunos están en poder de coleccionistas franceses y otros quedaron en manos de coleccionistas de la Costa Atlántica colombiana.

Fue así como Barranquilla y Cartagena se impregnaron de sonidos de todas partes del mundo, convirtiéndose en puntos geográficos claves cuando de safari musical o caza de vinilos se trataba. Cualquier género sonaba sin problema en una sola programación: rock, disco, cumbia, salsa, *funk*, *new wave*, folclor árabe, melodías románticas, champeta y todo lo que viniera de África. Era un collage musical en perfecta sintonía con los amantes del baile. La agudeza auditiva y el eclecticismo hicieron valorar la magnificencia de una colección de álbumes que estoy seguro solo pegaron allá, recopilaciones de *singles* rarísimos que únicamente bailaban los verbeneros bajo el inclemente sol de las dos de la tarde.

Con la firmeza y el deseo constante por encontrar todos los días algo nuevo, mi llegada a Medellín en el año 2007 me hizo visitar Musicales La Bastilla, la tienda de William Martínez, un local pequeño en el pasaje La Bastilla, encriptado para deleite propio y en el que deliberadamente nosotros los bazuqueros de pastas sacamos a flote esa bestia rebuscadora de ritmos partidos a velocidades hipnotizantes. En ella he encontrado un sinnúmero de discos por los que en Barranquilla darían lo que fuera. Ahí la música crece viva entre la verboreía imparable de los melómanos y coleccionistas, multiplicándose y desapareciendo a voluntad, en distintas formas e intenciones, un escenario nada *mainstream* en el que se puede tardear de forma tranquila viendo discos a diestra y siniestra. Quienes creemos en perder el tiempo buscando acetatos en cualquier ciudad del mundo amamos ese aspecto ritual y al mismo tiempo recreativo con el que seducimos una pasta, con el que alimentamos las retinas viendo portadas y queriendo encontrar esa joya que tanto anhelamos.

En Maracaibo, entre Junín y Sucre, está Hit Musical, lugar de tradición en el que se encuentra la propia receta para suspirar, un sinfín de bembé, conga y timbal de estética belleza, el

sitio perfecto para gastarse la plata. Siguiendo y sumando llegué hasta la bodega de don Gilberto Giraldo, el Mocho, una cueva polvorienta detrás del Parque Bolívar, adornada de traveses, repleta de libros y por supuesto de discos: más de doscientas mil piezas gramofónicas imposibles de revisar sin guantes y una máscara antigás, pero donde pude encontrar una generosa ración de gemas decoradas horriblemente con precios escritos con bolígrafo y la firme intención de jamás ser borrados. Por último, está la Tienda de Discos Surco Records, donde todos los días se tiene delante un disco definitivo al servicio de los oídos más educados, donde beber es un placer y comprar acetatos un deber. En definitiva, con el regreso del vinilo, se empezó a combinar la labor antropológica con la comercial. Las subsidiarias de las grandes compañías gringas y europeas han prensado y reeditado incluso aquellos discos de 78 rpm con problemas de difusión y reproducción por la ausencia de las herramientas sonoras para hacerlo. Ellos realmente saben que recuperar todo ese imponente catálogo rítmico, acompañado de textos y *memorabilia* gráfica de la época es un buen negocio. A eso se le puede sumar el afán por descubrir viejos discos, lo cual hace que aficionados y DJ peregrinen por los mercados, tiendas de segunda mano y desvanes de todos los continentes en busca de pastas olvidadas.

Pero a pesar de que muchos exploradores musicales han logrado divulgar material por primera vez fuera de sus países de origen, como coleccionista tengo cierta tara con las ediciones originales, algo personal, no estoy en contra de las copias recientes, sin ellas un porcentaje alto de música no hubiese sido conocido y disfrutado, pero siempre voy a preferir la magia y la belleza de un disco añejo, de una portada manoseada, del sonido de la tierra cuando la aguja cae lentamente sobre los surcos.

El *afrobeat*, la psicodelia amazónica, la salsa, el *highlife* nigeriano y ghanés, el *latin soul* y por supuesto la cumbia, no solo colombiana sino de toda Latinoamérica, son algunos de los géneros más reeditados. Esto ha permitido generar encuentros informales entre músicos occidentales y africanos, ilustrando a través del pentagrama un vasto ejercicio de exploración rítmica. Por todo eso algunos lo han llamado *Rena(fro)cimiento*, un manifiesto constante de colaboraciones que intenta renovar ese manantial de producción auditiva. ©



El baleón abierto

Hace ochenta años asesinaron al poeta andaluz Federico García Lorca por "rojo y maricón". Sus asesinos se olvidaron de sus maravillosos versos y abandonaron su cuerpo en una fosa común. Lo mataron a balazos cuando la madrugada se rompía con el bofetón de Doña Alba. Fue el 18 de agosto, eran los primeros días de la Guerra Civil Española. Todo el país olía a matadero, a pólvora y a majadería.

**Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
Antonio Machado, *El crimen fue en Granada*, 1936.**

Su poesía siempre es brava y preñada de colores, es viva como el nacimiento del azahar, y juvenil como la curiosidad de un gato. Es pasional y enfecida como navajas buscando el sabor de la sangre, es triste como el lamento de un otoño, honda como una charca sin reflejos, es viajera y caminante como un titiritero. Es musical como un detalle, aromática como la hierba buena y pálida como la muerte.

Recordar a Federico es susurrar sin artificio desde el dolor y con el aliento de una defunción cercana que sopla suavemente una nuca de marfil.

Lorca invita a dar un paseo a su pueblo natal, Fuente Vaqueros, provincia de Granada. Su plaza es enorme y el calor se desploma como un miura herido con los dientes de las banderillas, los colmillos de los sables y los alaridos de la fiebre sobre la arena. Apenas hay vecinos transitando por sus calles. Hace calor y apetece un chorro de vino fresco. Allí está la casa natal de Federico, templo de recuerdos, donde se respira desde la imaginación y desde el silencio al niño Federico.

Y llegar chorreando ganas a Granada sin apenas enamorarse del oxígeno. Ciudad de gitanería, de señoritos y sobrada de oraciones y ramitos de romero para la buena ventura. Donde uno todavía puede desayunar una loncha de pan tostado, rajado con aceite de oliva, cortejado con más vino tinto, para la tinta de las venas. Allí se movía Federico, en la ciudad donde habitaron los caudillos nazaríes, en esa Alhambra de patio con leones y princesas desoladas. La ciudad que le dio vida y que lo dejó morir.

**Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Federico García Lorca, *Romance de la luna, luna*, 1924.**

El mejor estudio literario para descubrir su obra es dejar-se llevar por los acordes de sus romances, por el equilibrio arriesgado de sus versos, por el tañido acarrazado de sus tragedias, por el descaro de sus farándulas, por las muecas asombrosas de sus marionetas o por el itinerario delicado a veces, o con muchos retos en otras tandas, de sus composiciones para piano.

Y Salvador Dalí agarra del pescuezo al lector a rastras hasta Cadaqués, al norte que huele casi a frontera con Francia, donde el mar argonáutico se estrella con el monte de pinos negros, olivos con exceso de cantos, y donde Federico se enamora y se convierte en un perro andaluz. El Mediterráneo se transforma en un trago de espuma que choca contra un pueblo blanco, pintado de cal y respirado por pescadores. Lorca danza con el sabor del ron con pepitas de café ardiendo en un puchero, y con la nostalgia del canto afligido de la habanera. Las noches de Cadaqués son tan afiladas que aceleran siempre el traspaso y los versos.

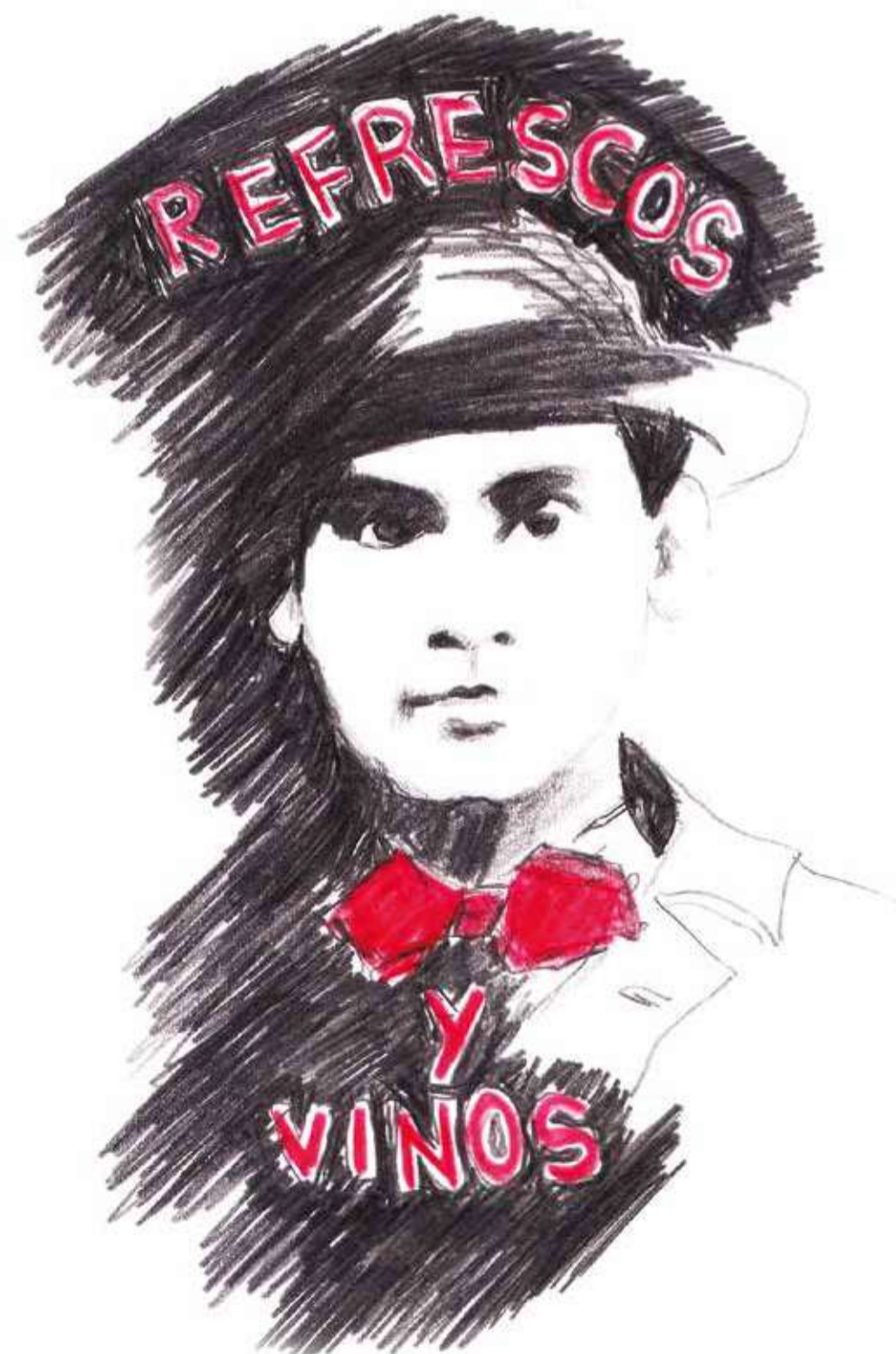
**Niña, deja que levante
tu vestido para verte.
Abre en mis dedos antiguos
la rosa azul de tu vientre.
Federico García Lorca, *Preciosa y el aire*, 1925.**

En la Barcelona lorquiana el lector se pierde en los adentros del barrio gótico, sus callejones renacentistas abren las puertas a las galerías de arte, a las tabernas saturadas de jóvenes talentos de la pintura, la literatura, la escultura o la política, a los tablados de flamenco sin turistas y a las madrugadas de marineros, putas, tarados y truhanes. Son auroras deslenguadas que barren las tripas y los corazones de la Barcelona que fue y que ya hoy dejó de ser.

por MANEL DALMAU

Ilustración: Verónica Velásquez

*Si muero,
dejad el balcón abierto*
Federico García Lorca, 1898-1936



**Muerto se quedó en la calle
con un puñal en el pecho.
No lo conocía nadie.
¡Cómo temblaba el farol!
Madre.
¡Cómo temblaba el farolito
de la calle!
Federico García Lorca, *Sorpresa*, 1921.**

Y en el viaje del alma emerge el amor americano. Federico navegó hasta Nueva York para encontrar reposo y nuevos motivos para avanzar en su obra. Tal vez su largo trayecto al continente americano fue una salida para respirar otros aires artísticos. La asfixia española estrangulaba la delicadeza de un Lorca que ya había destacado entre los miembros de la generación del 27 y que era criticado por ser un joven a contracorriente.

Nueva York le dio al poeta de Fuente Vaqueros más descaro, su frente nunca se marchitaría en una ciudad de rascacielos que rozaba el momento de una profunda crisis económica. Él siempre era un buen compañero de paseos bajo el azabache de la madrugada, de rondas por los domicilios de grandes artistas y de fiestas eternas donde se mezclaba el soneto, el canto jondo y los solos de piano.

**Es por el azul sin historia,
azul de una noche sin temor de día,
azul donde el desnudo del viento va quebrando
los camellos sonámbulos de las nubes vacías.
Federico García Lorca, *Los negros*, 1929.**

La bitácora lleva al lector hasta La Habana, capital de boleros de encaje bailados lentamente sobre la baldosa traviesa. Era una ciudad de carcajadas y de talento sin frenos, y Lorca se dejó marear por el frenesí del Caribe mezclando las estrofas de juglares callejeros del son, con sus lunas de plata, sus navajas con sed de amantes y su reconocimiento como gran poeta de la lengua castellana. Eran los tiempos de sus excitantes conferencias, de sus ardientes arengas en busca del arte para el pueblo. Siempre fue un hijo de señorito andaluz que se mezcló con todas las clases sociales.

**Yo quiero que el agua se quede sin cauce,
yo quiero que el viento se quede sin valles.
Quiero que la noche se quede sin ojos
y mi corazón sin flor del oro.
Federico García Lorca, *Gacela de la terrible presencia*, 1936.**

Y Buenos Aires era la capital artística de Suramérica. Lorca invita al lector a perderse por el mareo porteño de una ciudad que hierve, donde en los teatros más importantes se ven representadas las obras del gran poeta y dramaturgo andaluz. Buenos Aires representa la cúspide popular para Lorca. Entre hoteles de lujo y cantinas de paredes con miradas púrpura el poeta vive sus momentos más felices.

**Esta luz, este fuego que devora.
Este paisaje gris que me rodea.
Este dolor por una sola idea.
Esta angustia de cielo, mundo y hora.
Federico García Lorca, *Llagas de amor*, 1936.**

Última parada, Madrid. Finaliza este viaje de alma en la ciudad donde Federico se formó en la Residencia de Estudiantes y donde aireó su desparramo y su verso por primera vez. Madrid huele a Lope de Vega, a Cervantes, a cafés invadidos de tertulias, a churros, a rastro, a Quevedo, a Rosendo Mercado y a Lorca. Detenerse en Madrid es no olvidarse de otros lugares donde el autor del romance sonámbulo pasó tiempos de paso y letras. Montevideo, o todas las ciudades y pueblos españoles donde navegó con la compañía La Barraca en busca de una Itaca particular. Adoraba los clásicos del siglo de oro, se vistió de obrero para declamar con sus estudiantes, y se convirtió en un peligro para las mentes obtusas.

El lector termina su viaje en Madrid, sonajero de arte y frases castizas.

**Adán sueña en la fiebre de la arcilla
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.
Federico García Lorca, *Adán*, 1922.**

Y La Barraca recoge su cosecha itinerante a pie de escenario. Por todo el mundo se recita el llanto del poeta asesinado, sus versos trashumantes se visten de joven estudiante de teatro, de novia o de vendedor ambulante. En Buenos Aires, Medellín o Toulouse se beben las callejuelas lorquianas con tragos lentos. Es el respeto por una obra, la eternidad de un legado, es creer para seguir creando. *Ab aeterno.*

Gracias Federico. ©

En el Parque de los Deseos existe un planeta (*Kaldi*) y es delicioso ...



Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31 *salón a trigo y angora de café*

EMBUTIDO ARTESANAL



itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Encuétranos también
en el Teatro Pablo Tobón

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros

Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

R/ Librería

Calle 49B 75-33
Sector Estadio
2609160
Medellín

Nuevos libros viejos:
Literatura, historia,
Filosofía, Arte.
Libros raros que ya no
se consiguen.

PALINURO
Libros leídos

palinurodemedellin@gmail.com
Palinuro

Compra y Venta

Satélite
llamando a control

¡NO RESPONDEN!



cohete.net

Cada pueblo tiene pesadillas propias. Las “oficinas” y las “empresas” redactan sus estatutos con tintas cambiadas. Una página para explicar algunas vueltas en Cali y Valle.

CALIBLOOD

El orden, escribió Nicolás Gómez Dávila hace casi medio siglo, es el más frágil de los hechos sociales. Esta afirmación no solo expresa los retos que encara el diseño de cualquier política de seguridad y convivencia, sino que resume la historia de las formas de violencia que han tenido lugar en Cali, una ciudad donde un acelerado proceso de urbanización ha servido de escenario para cruentos procesos de violencia.

La modernización no siempre sigue los caminos trazados. Las buenas intenciones conviven con un amplio repertorio de prácticas criminales y justificaciones que varían según el grupo que las invoca. Estas prácticas y justificaciones dan forma a las distintas modalidades violentas que afectan a la ciudad e iluminan los distintos puntos de quiebre que permiten entenderla en perspectiva histórica.

Según el último informe del Observatorio Social, en Cali fueron asesinadas 1.371 personas en 2015, cifra que arroja una tasa de 57,8 homicidios por cada 100 mil habitantes. Entre los años de 1990 y 2004, la tasa promedio de homicidios alcanzó los 100 por cada 100 mil habitantes. En el periodo comprendido entre 2005 a 2008 el promedio bajó a 71 para aumentar de manera sostenida a un promedio de 81 entre 2009 y 2013. El año 2014 reportó una reducción sumamente favorable: 56 por cada 100 mil habitantes. Estadísticamente el aumento entre los años de 2014 y 2015 podría parecer poco significativo, pero, por sus características, es determinante para entender la persistencia de las cifras de violencia en la ciudad y los retos en el futuro inmediato.

Una comparación somera con el resto del país muestra que, en términos generales, las modalidades que explican la violencia reciente en Cali son, a falta de un mejor adjetivo, “comunes”: una violencia generada por el choque entre las autoridades y los distintos grupos ilegales que aspiran al control de un territorio específico; una violencia generada por el choque entre distintas organizaciones ilegales que disputan el control de un territorio específico; una violencia generada por el control y las vueltas de los distintos grupos ilegales que afecta a la población que reside en sus territorios. Lo que hace de estas modalidades un fenómeno común es su relación con las transformaciones del narcotráfico desde mediados de los años noventa. El desmonte de las estructuras asociadas con el cartel de Cali dejó como saldo una actividad ilegal que continuó y dio origen a un puñado de órdenes ilícitos que, tras casi dos décadas de reorganización, no acaban de tomar forma. En este sentido, los casos de Cali y Medellín resultan similares (aunque con una diferencia sustantiva sobre la que volveremos). Lo que no es típico de estas modalidades comunes de violencia es su evolución particular en el ámbito municipal, un fenómeno ligado con el impacto del narcotráfico en las estructuras locales de producción de riqueza y ejercicio del poder.

En términos de producción de riqueza, el narcotráfico se convirtió en un factor perverso de movilidad social. Al lado de los muertos y los presos, perdedores de la guerra contra las drogas, muchos jóvenes excluidos mejoraron temporalmente sus condiciones de vida. El uso extendido de la violencia como regulador de los distintos mercados ilegales no solo reduce la expectativa de vida (el aprendizaje criminal es, en este sentido, sumamente costoso), sino que limita las posibilidades de movilidad. En términos de ejercicio del poder, quienes no optaron por una carrera delictiva y contaban con ciertas herramientas de socialización vieron en la política una vía útil para mantener las condiciones de ascenso. La degeneración de la clase política fue el eje de un proceso que trajo consigo terribles consecuencias para la institucionalidad municipal, debilidad que explica las contradicciones que a lo largo de casi veinte años ha tenido la violencia como problema de seguridad, salud pública y planeación urbana.

El primer punto de quiebre antes mencionado tiene relación con el desmonte de la estructura y los liderazgos que caracterizaron los años de auge del cartel de Cali. Los mandos de las organizaciones de la ciudad y de municipios del norte del departamento entran en disputa. Los grupos de sicarios (que incluían miembros activos y no activos de la fuerza pública) se fracturan en oficinas de cobro que, como resultado de las acciones de las autoridades, son incapaces de dedicarse exclusivamente al sicariato, lo que las lleva a buscar el control de barrios específicos en los que pueden incidir en nichos ilegales y cobrar por servicios de seguridad. Es en este punto en el que los casos de Cali y Medellín se diferencian. El control de nichos ilegales por parte de sicarios y mandos medios dificultó la integración y organización de las pandillas alrededor de las utilidades del tráfico de drogas en Cali y el Valle del Cauca, dado que nunca fungieron como brazo armado de quienes reclamaban las rentas más cuantiosas. Existen, indudablemente, relaciones esporádicas entre narcotraficantes y pandillas, pero estas, solo hasta hoy,

por ALBERTO SÁNCHEZ

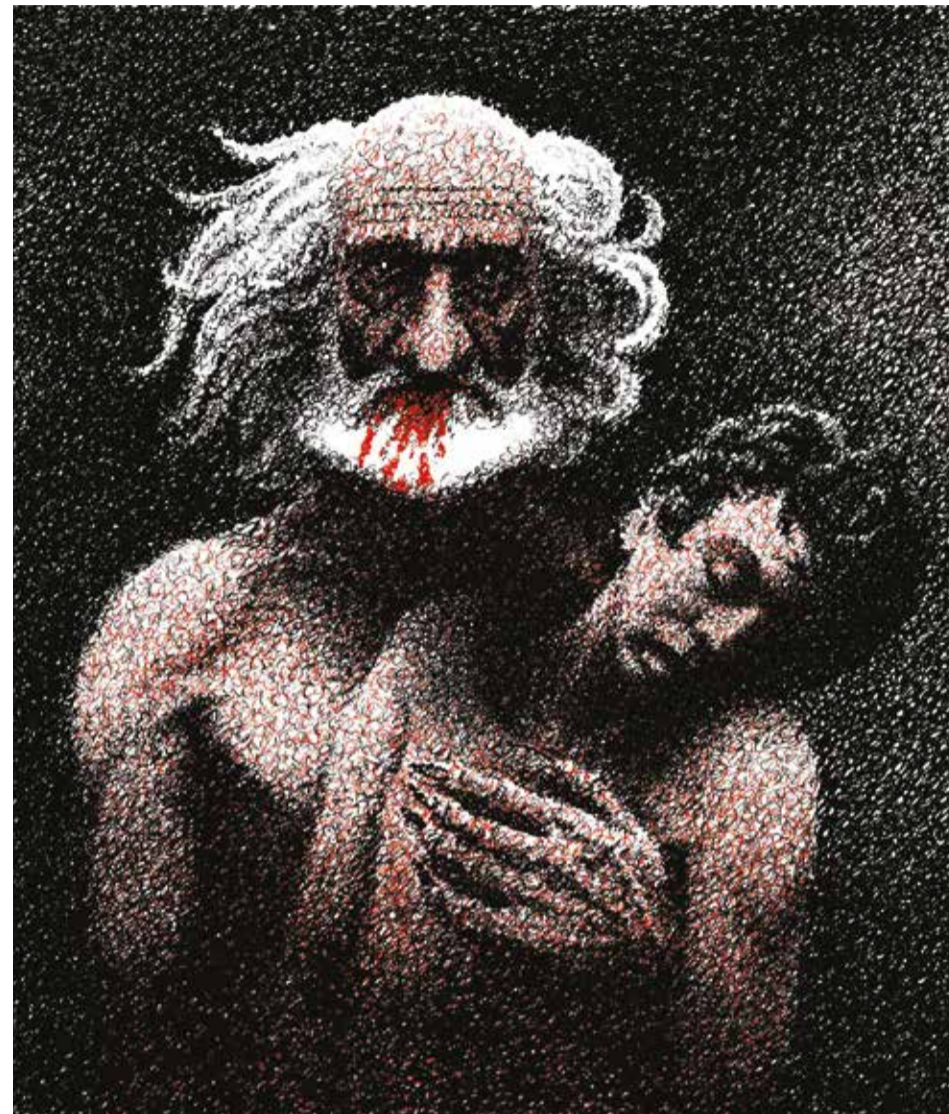


Imagen de la película *Pura sangre* de Luis Ospina, 1982.

comienzan a ser determinantes en disputas claves por el control extendido de los mercados ilegales.

El segundo punto de quiebre está relacionado con el grado de organización y articulación de la criminalidad desde mediados de los años noventa. Las operaciones de lavado de activos, corrupción y cooptación del Estado han tenido lugar en tantos niveles y de la mano de tantos actores (Juan Carlos Martínez Sinisterra es quizás el caso más emblemático de una larga lista), que sus efectos resultan difíciles de aislar incluso como curiosidad teórica. Lo cierto es que su dispersión geográfica, el capital que ostenta y el grado de penetración en la vida cotidiana e institucional (que aumenta el nivel de tolerancia al delito) terminan por formar un Estado paralelo con capacidad de disputar el ejercicio de la coerción, y de satisfacer o negar demandas sociales en zonas cada vez menos periféricas de la ciudad.

La suma de un orden ilegal con liderazgos fugaces y una criminalidad altamente organizada explica de manera parcial la persistencia en el tiempo de nuestras cifras de violencia: esta dificultad obliga a reforzar mecanismos no violentos de control territorial (pago de sobornos a miembros de la fuerza pública o a funcionarios, negociación con élites directamente relacionadas con la mafia, delimitación de los ámbitos compartidos de extorsión, etc.). El refuerzo de mecanismos alternos ofrece la otra parte de la explicación: es difícil establecer un dominio total de la violencia, el promedio se mantiene dado que un número considerable de pandillas no del todo criminalizadas y con débiles nexos con el crimen organizado, se disputan rentas de menor cuantía apelando a todo tipo de tendencias homicidas.

La estrategia para encarar este tipo de violencia (asociada a la extorsión, los hurtos y el narcomenudeo) ha sido el aumento de la presencia de la fuerza pública y la identificación de las estructuras sicariales que operan en “segmentos de vía” (o microzonas) en los que se repiten los homicidios. La estrategia, si bien reporta golpes contundentes a cabecillas y organizaciones, resulta limitada cuando se observan los procesos articulación entre microtráfico (una actividad que implica un alto grado de coordinación operativa) y extorsión (una actividad criminal con un número reducido de denuncias). No solo son dos actividades ilegales que generan homicidios, sino que hoy determinan el grado de dispersión de los grupos delincuenciales identificados en la ciudad.

La entrega de Los Comba y la captura de la mayoría de sus mandos medios dio lugar al fraccionamiento de Los Rastrojos. Cada captura, casi sin excepción, implica la aparición de un nuevo grupo que aspira a tomar el mando. Estos grupos están compuestos por sicarios que subcontratan pandillas o les cobran impuestos (ya sea por permitirles hacer uso de su armamento o actuar en un territorio específico). Este fraccionamiento, sumado al de los grupos asociados a los mandos medios del Clan Úsuga en la ciudad, amenaza con revertir la tendencia a la baja del promedio de homicidios que se tuvo en los últimos dos años. El reto hoy no es solo mantener el orden, una aspiración ingenua en el escenario descrito, sino deshacer el nudo de pandillas, oficinas de cobro y reductos de los carteles para evitar que estos aparatos criminales refuercen la organización de la violencia privada y desborden la capacidad de las autoridades. ©

Ni el abrazo ni el refugio

Selección de poemas de Jorge Iván Agudelo

Esta escombrera no es un vestigio así fue siempre y aunque han intentado engañarnos con una pared a medias levantada complicados motivos de quebradas baldosas fuentes sin ángel y recuerdos de risas y de fiesta bien sabemos que aquí dominaba el mismo viento que ahora arrastra puñados de arena

Justo con todos nuestro pequeño desconcierto ha cumplido bien su parte no le pidas que decline ni alabes su dominio basta con que exista y te acuerde que luchar contra su causa es negar en el destino la antigua celebración del pacto

Por qué no quedarse aquí midiendo la misma esquina acaso algo se te ha perdido allende las montañas habrá un nuevo color por conocer en la caída de otra tarde un rostro que haga medrar y mirar con curiosidad la vida y si así es y todo se te concede allende las montañas por qué no quedarse aquí midiendo la misma esquina

La palabra un corcho dando vueltas sin hundirse en su propio remolino

Alegría alegría alegría en las laderas y en el valle los visos verdirrojos estallan en los rostros

la romería ha sitiado el mes y dueña de la vida nos obliga a campear en sus antojos

abramos las puertas que todos entren y dispongan al fin y al cabo tienen razón solo se vive para el incendio de estos días

Que se explote el día no lo veas como una presa codiciada o como algo por abrazar deja que se agote a sí mismo y sin mucho pesar asiste libre de las ínfulas de los invitados a su repetido juego de luz y de sombra ©



Ni el abrazo ni el refugio
Jorge Iván Agudelo
Editorial Universidad de Antioquia
2016





vartex

www.vartexmedellin.com

8 al 12 de agosto

4a Muestra de video y experimental
Lugar: Centro Colombo Americano - MAMM

Video mapping: Conferencias y laboratorio
Restrospectiva de Mario Opazo

Organiza:

cinéfagos.net

En asocio con:



Apoya:



Muestra local e internacional



www.parqueexplora.org

Patrocinadores de la operación de la sala "Tiempo"



SID **9 AL 10 DE JULIO**
2 p.m. a 6 a.m.
Canal Parque Gabriel García
Márquez de Telemedellín
16 horas continuas de programación

NUEVOS
MUNDOS

8^a
JUVENIL DE PARADA
LA
LECTURA

Levanta la mirada, cambia de perspectiva.

Entrada libre



EN ASOCIACIÓN CON
Fundación
Taller de Letras
Jonh Serra i Fabra



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos